

NUEVOS ESTUDIOS CRITICOS
SOBRE
LOS SUCESOS DE LIMPIAS

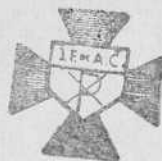
POR EL
RVDO. P. ANDRES DE PALAZUELO
FRANCISCANO-CAPUCHINO



MADRID
Imprenta de "El Mensajero Seráfico,"
MCMXXIII

B-154

JT
COM



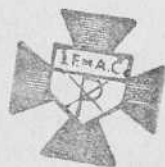
NUEVOS ESTUDIOS CRITICOS

SOBRE LOS SUCESOS DE LIMPIAS

t. 1133127

NUEVOS ESTUDIOS CRITICOS
SOBRE
LOS SUCESOS DE LIMPIAS

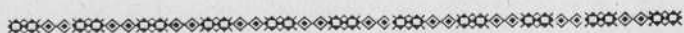
POR EL
RVDO. P. ANDRES DE PALAZUELO
FRANCISCANO-CAPUCHINO



MADRID
Imprenta de "El Mensajero Seráfico,,

—
MCMXXIII

Con las debidas licencias Eclesiásticas



INTRODUCCION



I

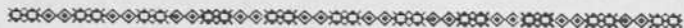
Notorio es a todos el sorprendente suceso de Limpias, y la conmoción que de todos los corazones se apoderó también es manifiesta.

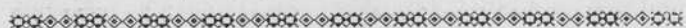
Dos años hace que, por vez primera, se notaron en público las manifestaciones asombrosas que tantos fieles aseguran apreciar con sus ojos en la sagrada imagen de Jesús agonizante, venerada, no en el «pueblecillo», como alguien ha escrito, sino en la pintoresca «villa» de Limpias.

Mucho es lo que hasta el presente se ha escrito referente a tan desusados acontecimientos. En este asunto se ha derrochado mucha imaginación, mucha literatura, mucha crítica, mucha ciencia, mucha teología y mucha mística, aunque con resultado práctico casi nulo, por no decir nocivo en no pocos casos.

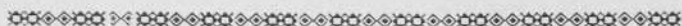
Sobre la mesa de estudio tengo una lista de los autores que, por un motivo u otro, se consagraron a relatar o criticar los mencionados sucesos: son 19 las obras, folletos o libros, que en esa lista se anuncian, pero yo creo que el número total debe ser de unos 35 ó 40. Yo no añadiría media letra más a las muchas que tengo escritas sobre el mismo asunto (1); pero, como

(1) Véase mi obra titulada: «Origen y Desenvolvimiento de los sucesos de Limpias».





aun en la actualidad se sigue escribiendo sobre el mismo tema, nos vemos obligados a consagrar algunos ratos al estudio de la cuestión lumpiense, tan discutida con bien marcadas intenciones y sin el verdadero espíritu de imparcialidad y caridad de que blasonan sin cesar sus criticadores. Yo no pretendo aplastar a nadie con mis razones, ni es mi intención imponer mis convicciones: «Ningún escritor debe exigir a los hombres, sean ignorantes o de ciencia, la fe ciega en los hechos prodigiosos de Limpias, privándoles del derecho que tienen de examinarlos con la mayor detención»; como tampoco se debe exigir de nadie que calle las razones de un hecho, de una teoría o sistema, y mucho menos atribuirle afirmaciones que no sostiene. Antes de entrar en materia nos creemos en el deber de consignar en este lugar que NUESTRO ANIMO NO SE PRONUNCIA NI EN PRO NI EN CONTRA DE LA SOBRENATURALIDAD DE LOS SUCEOS LUMPIENSES, sólo nos limitaremos, y siempre procedimos así, a dar razones y exponer las opiniones favorables o adversas a las dos sentencias. Hemos convivido con algunos de los videntes; hemos estado en contacto continuo con los que aparecen como los principales protagonistas de los sucesos; hemos sido testigos presenciales del comienzo y desarrollo de los sucesos; hemos estado, como quien dice viviendo en Limpias, y, a pesar de todo, si a nuestra conciencia sola hubiéramos de atenernos, SOLO PODRIAMOS DAR FE DE LA FRIA RIGIDEZ ESCULTURAL DE LA IMAGEN: no ví nada extraordinario, siempre la ví como es, de madera inflexible.



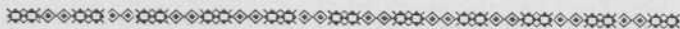


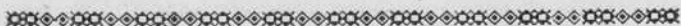
II



Al principio de nuestra obra, ya citada, tenemos escrito «que en la narración del prodigioso hecho se introdujeron algunas variantes, variantes que, por accidentales que sean, si a su debido tiempo y oportunamente no se rectifican, bien pudiera suceder que con el transcurso de los años se les añadiesen otras nuevas, que acumuladas alrededor de un hecho tan sencillo como el de Limpias, no sería de extrañar que lo llegasen a desfigurar en forma tal, que los venideros se considerasen con derecho a mirarlo como una de tantas transfiguraciones y glorificaciones, verificadas por la fantasía popular; a lo que contribuirían no poco las maliciosas referencias de los descreídos, que entre risas y chacotas, cuentan lo acaecido con frases despectivas y evidentes exageraciones».

Estas mismas inexactitudes, esa mezcla funestísima que se venía haciendo de las referencias maliciosas de los descreídos con los relatos de los verdaderos videntes fué advertida y denunciada por otros escritores, algunos de los cuales, al intentar poner coto a tales desmanes, no supieron o no quisieron colocarse en el justo medio. De todos hablaremos un poco en el siguiente capítulo.





CAPITULO PRIMERO

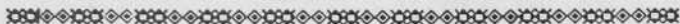
Actitud de los escritores frente a los sucesos de Limpias.

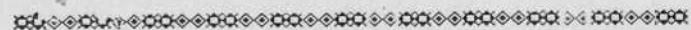
a) Partidarios decididos de la sobrenaturalidad en el caso de Limpias.

Hay escritores que, indignados por la petulencia descocada, y en muchos casos impía, de los eternos parlanchines, que sin estudio ni examen de ningún género, escupían sentencias contra las manifestaciones del Santísimo Cristo y los que aseguraban ver los movimientos de sus ojos, indignados, repito, contra ese grosero modo de proceder, al intentar ponerles a raya, usaron «lenguaje demasiado áspero contra los negadores del «milagro», increpándoles duramente porque no admitían por milagro las maravillas que ellos describían.»

b) Partidarios del silencio.

Otros escritores, «entre los que hay algunos de Ordenes religiosas», al ver cuanto se hablaba de Limpias, cuyos sucesos tomaban visos de innegable verosimilitud y se afianzaban, agujoneados por no sé qué espíritu, dieron la voz de alerta y tronaron porque «los periódicos de las provincias norteñas (incluso el «Bo-





letín Oficial del Obispado de Santander») y algunos del Centro y de Levante fijaron en sus columnas artículos entusiastas narrando los hechos portentosos, y porque algunas revistas católicas se ocupaban de «la actualidad» religiosa, y hasta no les agradó el ver que las revistas ilustradas recogiesen «la nota gráfica de actualidad, reproduciendo en sus columnas» el busto del Santísimo Cristo, paisajes del pueblecillo (léase villa) encantador y la cara bondadosa, austera y amable del Párroco, en cuyo semblante, así como en sus palabras, se revela esa infantil serenidad propia de la fe sencilla y de los muchos años.

Quisieran estos tales que todo el mundo se callara, y que nadie dijera esta boca es mía. Algunos llegaron a increpar a los videntes mandándoles enmudecer, y si no se resignaban a guardar silencio, que «no dijeseis vimos», sino que se contentasen con afirmar que «les parecía ver»; y porque esto no podían hacer sin traicionar a su conciencia, estos sus contradictores apriorísticos se escandalizaron, y se creyeron en el deber de lanzarse a la prensa para poner coto a lo que les parecía desmanes y exageraciones intolerables.

Les molestaba hasta el que la gente creyente, viendo lo que pasaba, y oyendo lo que se decía en pro y en contra de los sucesos de Limpias, se mostrase deseosa de que la autoridad eclesiástica diese su fallo favorable o adverso sobre los mismos: «No somos ansiosos, dicen, de que la autoridad eclesiástica dé prontamente su fallo. Quizá no lo crea «oportuno». Y nosotros añadimos: desde luego, para la adoración de Jesucristo crucificado, para el fomento de conversiones y peregrinaciones, no es «necesario» (nadie lo pedía ni





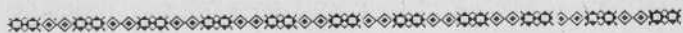
deseaba por eso), pero sí es útil el que en tales casos se dé una norma fija a qué atenerse en medio de tanta disputa. La obra realizada por esta clase de escritores ha sido obra demoledora, encaminada a sembrar la duda, la desconfianza y la sospecha.

Oigámosles, y hable uno por todos: «Di la voz de alarma (esa voz de alarma no hacía falta, pues todo el mundo estaba con ojo avizor y no había por qué alarmarse, máxime cuando todo cuanto se escribía estaba refrendado por la autoridad eclesiástica), desechemos testimonios (en su obra no se vé ni uno sólo desechado), demostré desconfianza (eso sí), y pedí prudencia, calma y reflexión (no sé si lo habrá conseguido, por cuanto el entusiasmo y concurrencia fueron en aumento), menos gritos y más vida interior (como si el ir a Limpias fuera un crimen) menos ansias de milagrerías y mayor espíritu de caridad.

Pueden transmitir esta prudente advertencia a los que van a Lourdes en busca de la perdida salud, y más vida interior a los que van a visitar los Santos Lugares. Una de dos: o es verdad o no lo es eso de que en la iglesia de Limpias algunas almas privilegiadas, aprecian en la imagen de Jesús agonizante movimientos varios: si es verdad no sé por qué alarmarse ni dar la voz de alerta, si no es verdad se debe decir muy alto para atajar la superstición y alejar las almas de ese lugar. Yo así pienso; pero como no todos piensan así, veamos qué es lo que se debe hacer para atajar el mal, que todo un señor Obispo, del celo y reputación apostólica como es el de Santander, permite, consiente y no anatematiza en su Diócesis.

Es innegable, dicen, que se ha «dislocado el concepto





del hecho milagroso»; que se ha «exagerado muchísimo su alcance y significación»; que se le ha llevado al campo periodístico con disgusto de la humildad silenciosa, característica de lo sobrenatural. Nosotros hemos de esforzarnos por encajar el «problema, devolviéndole su significado» y quitando de él tantas «exageraciones que le ensombrecen». La tarea que estos señores se proponen realizar es sencilla, y, si a sus palabras nos hemos de atener, tiene por norte una divisa bien marcada: 1.º, encajar el problema; 2.º, devolverle su significación; y 3.º quitar de él tantas exageraciones. Veamos si estos centinelas avanzados de los sagrados fue-ros de la verdad consiguen el triple objeto que se proponen; yo creo que no, y no sólo creo que no lo consiguen, sino que veo con dolor, que, a renglón se-guido de plantear la triple cuestión, comienzan a dis-currir sobre otros problemas que no tenían anunciados. De ellos nos ocuparemos más adelante.

c) Escritores abiertamente declarados en contra de la sobrenaturalidad de los sucesos de Limpias.

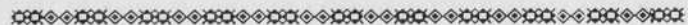


Una tercera clase de escritores, más francos y de-cididos que los anteriores, paladinamente se pronun-cian sin rodeos ni embozos contra la sobrenaturalidad de los sucesos de Limpias. Si les hubiéramos de dar crédito, son los únicos que realizaron labor provecho-sa en los asuntos de Limpias,

Uno de ellos plantea la cuestión en estos términos:

«Tras un mes de observaciones y de experiencias realizadas ante la imagen del Santísimo Cristo de la Agonía de Limpias, como fruto de tales experiencias personales afirmo y probaré lo siguiente: «Los hechos





que se refieren como prodigiosos tienen lugar en el objeto y su origen es puramente natural». «El caso es que la imagen bendita no cierra y parece que cierra los ojos; no respira y parece que se levanta su pecho; no cambia y parece que muda de color. Y todo por algo que tiene lugar, no en los videntes tan sólo, sino en la imagen, esto es, en el objeto».

Como se vé, estos tales no niegan ninguna de estas cuatro proposiciones:

- 1.^o Que la imagen abre y cierra los ojos.
- 2.^o Que la imagen respira.
- 3.^o Que la imagen cambia de color.
- 4.^o Que la imagen arroja sangre por la boca.

Se limitan a preguntar por la causa, y se contestan así mismos diciendo que la causa es natural.

Veamos si sus razones son convincentes o no.





CAPITULO II



Determinación de la cuestión que se debe dilucidar.

Yo entiendo que lo importante y trascendental, lo que jamás se debe olvidar en la reseña historico-crítica de un hecho, aquello en que el espíritu observador se debe fijar con preferencia, son estos tres puntos capitales: 1.^o si el hecho es verdaderamente histórico, 2.^o cual es su causa eficiente, y 3.^o cómo obra esa causa al producir sus efectos.

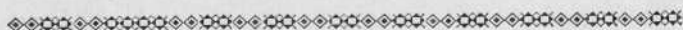
Respecto al hecho, hay que admitirlo o rechazarlo de plano si no hay razones convincentes que obliguen a reconocer su realidad histórica; si lo rechazamos por falta de pruebas fehacientes, las otras dos cuestiones son inútiles; pero «si» lo admitimos y «decimos que su causa es sobrenatural», al explicar el modo de realizarse el hecho es necesario recurrir a Dios, y en Dios reconocer el agente motor que encauza, regula, perfecciona, anula o suspende las fuerzas naturales, de las que en muchas ocasiones se sirve, al modo dicho, para la realización de sus obras. Y si en la explicación de las «obras sobrenaturales», se debe prescindir de Dios, o no se arregla la cuestión hablando de Dios como causa eficiente, «esas obras, al ser explicables sin Dios, ya no serían sobrenaturales». Hay algo que oponer a estos principios fundamentales de sentido común y sana teología?





Creo que no, y por eso, en conformidad con las mismas, antes de investigar la eficiencia de los hechos, encarrilaremos la cuestión precisando y puntualizando bien la realidad histórica de los mismos, de los que quisiéramos «citar» toda exageración, a fin de poder devolverles su genuina significación.





CAPITULO III

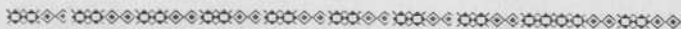
Descripción y clasificación de los hechos en cuestión.

Este es un trabajo muy delicado y que debe hacerse a conciencia; de ninguna manera con retazos de periódicos, que ya sabemos cómo escriben, y mucho menos recogiendo y englobando cuentos y referencias callejeros para formar un conglomerado a nuestro gusto sobre el que poder edificar la plataforma de combate.— El procedimiento que en esto se debe seguir, al formar el historial de los hechos lumpienses, si se quiere proceder con tino, es el siguiente: ordenar las visiones por orden cronológico, describiendo en primer lugar las manifestaciones del 30 de marzo de 1919, pues ellas constituyen un grupo especial, y luego las acaecidas en perigrinaciones o en visitas particulares; y, si en ellas hay alguna circunstancia especial que las haga más o menos creíbles, anotarla y formar el grupo de las visiones creíbles, y el de las inverosímiles.—Esta labor es muy trabajosa, y por eso no pocos han encontrado más cómodo saltar por encima de esas reglas prudentiales, rodear los hechos de un falso ambiente de superchería y embrollar la descripción de los hechos, según puede verse en el siguiente artículo.

Artículo 1.º

Equívocada y funesta manera de historiar los hechos.

Escritores hay que, al historiar los hechos de Lim-





pías, lo hacen en tal forma que engendran en el ánimo desvío y menosprecio. Veamos como se expresan.

Las peregrinaciones, dicen, se han celebrando y se van celebrando con frecuencia; casi en todas ellas hay casos de visión, de variaciones observadas en el semblante y en el pecho del Redentor. A veces los videntes son niños y doncellas; otras veces son personas mayores. «los tumultos se repiten a menudo, y también los colapsos»;

«es preciso tener a mano los remedios de la ciencia médica para auxiliar a los que se sienten enfermos»;

«aun después de salir de la iglesia y del pueblo, subsisten las alteraciones del sistema nervioso».

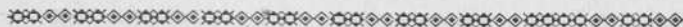
Lo sucedido en Limpías, según puede verse en el siguiente artículo artículo, está mal descrito, se presta a muchos equívocos, y si responde al aspecto peculiar de algún hecho, no encaja bien en la generalidad de los mismos.—Eso sí que es dislocar los hechos y exagerar su significación, y no devolverle el significado propio.

Artículo 2.º

Quitando exageraciones.

En estas categóricas afirmaciones, tan propias para sembrar la desconfianza y el descrédito sobre los acontecimientos lumpienses, hay garrafales exageraciones que es preciso quitar.

Y en primer lugar, se debe tener presente que en las grandes concurrencias lumpienses, llamadas pere-





grinaciones, sucedió lo que con frecuencia acontece con las numerosas aglomeraciones en los templos o en cualquier otro sitio donde se congregue, aun en medio de la piedad y devoción, no es posible guardar el orden y silencio que imponen el recato y decoro del lugar sagrado. Por eso, si quiere ser sinceros, aquí no se debe hablar de tumultos», y se debe suprimir eso de que a menudo se repitan los colapsos y los desmayos, aunque desmayos y colapsos son hermanables con la manifestación divina.

También se debe suprimir eso de que sea necesario tener a mano los remedios de la ciencia médica para auxiliar a los que se sientan enfermos. Sin faltar a la verdad, no se puede decir que sean precisos los remedios de la medicina, ni que los verdaderos videntes se sientan enfermos: unas fricciones de alcohol o agua de Colonia, y el aire agitado por el abanico, no creo que constituya lo que vulgarmente se entiende por remedio de la ciencia médica; y la emoción que suele perdurar, no creo constituya una verdadera enfermedad. Aparte de que si conocen algún caso particular deben indicarlo, y no hacer esa afirmación de todos los casos en general, en los que generalmente resplandece la serenidad, placidez y emoción decorosa del espíritu. A más de esto no se debe olvidar que en los accidentes causados por el espanto de una visión divina, pueden encontrar provechoso alivio en la terapéutica humana.

Otra exageración que se debe eliminar del relato, es la afirmación de que los videntes notan alteraciones en el corazón y en el sistema nervioso después de salir de la iglesia y del pueblo; y eso por varios días consecutivos.





Esta afirmación, hecha así, de un modo genérico, tampoco es exacta: lo que generalmente subsiste no son las alteraciones del corazón ni del sistema nervioso, sino las emociones íntimas del alma que persisten durante meses y años, influyendo sobre los actos de la vida cristiana a la que se entregan algunos videntes. A más de esto, sabemos que los efectos causados en los videntes por cualquier manifestación divina pueden ser más o menos persistentes, sin que esa persistencia diga nada en contra de su eficacia sobrenatural.

Por otra parte, sabemos de numerosas conversaciones de hombres que negaban los hechos, y después, al ser testigos oculares, se conmovieron íntimamente, y emprendieron vida cristiana.

Las exageraciones aquí eliminadas, son incluidas en ciertas relaciones con ribetes de principios axiomáticos y fundamentales de discurso en la debatida cuestión limpiense, y de ahí que, esos escritos redactados con semejante criterio, si bien pudieran reflejar el aspecto singular de algún hecho concreto, no encajarán nunca en el molde general de los sucesos, y siempre darán espacioso margen a los funestos inequívocos.

Artículo 3.º

Afirmaciones inexactas que desfiguran los hechos, y verdadera característica de los mismos.

De las muchas afirmaciones falsas que se han hecho para desacreditar los sucesos de Limpías, anotaremos las más salientes.

Primera. Es inexacto que «en muchas ocasiones

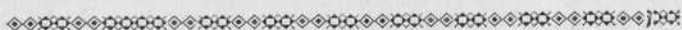




sobrevienen colapsos, sacudidas violentas, ataques al corazón y alteraciones nerviosas en el instante o como consecuencia de las visiones.» (Lo verídico es que algunas veces ha sido grandísima la emoción, pero eso ha sucedido rara vez, aparte de que para ser justos se debía separ las casos francamente neurasténicos de las que aparece, claro que lo sean. Y también es inexacto eso de que «en esos casos se aplican con buen resultado los agentes terapéuticos»; primeramente porque en general no se prodigó auxilio ninguno a la generalidad de las que se dicen videntes, y segundo porque los cuidados prodigados en algún caso aislado no merecen el nombre de agentes terapéuticos. Desde luego, en las manifestaciones del 30 de marzo re 1919, ni hubo desmayos, ni aplicación de ningún auxilio. Quien de vista sepa algo en contra ruego me lo dijera para hacerlo constar en este lugar.

Segunda. Es totalmente inexacto que las visiones se verifican «casi siempre en medio de peregrinaciones y grandes concursos, bajo la influencia de sermones, de cánticos y de gritos»; la mayor parte de las visiones se han apreciado en las visitas de particulares, y muchas, por no decir todas las visiones realizadas entre los peregrinos no se verificaron bajo el influjo de cánticos y gritos, sino después de haberse desalojado el tempuo, algunas durante el santo sacrificio, y alguna vez rara durante el sermón, el cual, en infinidad de casos no guardaba ninguna relación con lo que tanto apasiona los ánimos. No se puede decir que las visiones se verifiquen por grupos que se revelan mutuamente, cediéndose mutuamente el lugar para apreciar el es-





pectáculo: las visiones se realizan individualmente, si bien algunas veces las apreciaron a un mismo tiempo, varios de los que estaban en el templo, bien fuera que estuviesen próximos, o bien se hallasen diseminados por el sagrado recinto.

Tercera. Tampoco se puede decir que «los movimientos de la imagen se limiten a la cara y cuando más al busto». El 30 de marzo sólo se apreció el movimiento de ojos y sudar en el rostro; después se apreció hasta una abertura en el costado, de la que salía un chorro de agua, y también se rumoreó de que una niña que no sabía hablar oyó estas palabras «parce Domine, parce populo tuo». No he podido cerciorarme de la veracidad de este aserto.

Tales son, no «los hechos y consecuencias prácticas», pues aquí no hay consecuencias, sino la característica general de los hechos que nadie niega, y de «cuya certeza no cabe dudar», si bien «nos queda libre la interpretación de los mismos.

Artículo 4.º

Principios indiscutibles que aclaran y facilitan la inteligencia de los hechos.

Después de eliminar las exageraciones e inexactitudes más principales que tanto han constituido a desfigurar los hechos, debemos poner los principios en que se debe fundar todo juicio recto e imparcial que se emita respecto a un hecho. Estos principios son los siguientes:

1.º Los testigos no pueden infundir sospechas; debemos, por consiguiente, dar fe a sus palabras... de su





CAPITULO IV

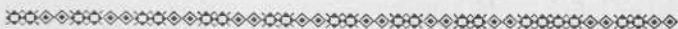
Interpretación o aclaración de la naturaleza de los hechos lumpienses.

Encauzado ya el problema en cuestión, desvanecidas las exageraciones, y devuelta a los hechos su propia y genuina significación histórica, vamos a examinar su causa eficiente, para de esa manera venir en conocimiento de su naturaleza.

Artículo 1.º

Naturaleza de los hechos lumpienses.

Respecto de este particular, tenemos la opinión de ciertos autores, según la cual, los hechos en estudio, a todas luces son efecto del poder de Dios; y son efecto del poder de Dios porque son «obra divina»; y son obra divina, porque se ven rodeados de las características de las visiones celestiales. «A nadie se le ocultan, escriben (17) «el parecido que guardan estas visiones del Santo Cristo de la Agonía con las apariciones que han tenido casi todos los santos contemplativos, ora viendo reanimarse imágenes de Jesús y de la Virgen Nuestra Señora, oyendo sus palabras, ora recreándose con la presencia visible de Jesús, de los ángeles y de los bienaventurados». Y un poco más adelante (27), estampan estas terminantes palabras: «en España pocos serán los filó-



ce no se explican sin la intervención de una causa suprasensible. De todos modos, no se extrañe el Padre Urbano de que se le cuente entre los enemigos de los sucesos de Limpias, pues su libro está escrito en tal forma que la impresión que dá es la impresión de la negación.

Artículo 2.º

Incertidumbre y desorientación.

Según se ve por lo anteriormente escrito, los famosos acontecimientos de Limpias son obra divina en sentir de los autores, que sin mencionar citamos, y si verdaderamente son obra del poder divino, aunque pertenezcan al tercer orden, nadie podrá señalar como causa eficiente del mismo una causa natural, pues una cosa en tanto se dice que es «milagro» en cuanto se hace «fuera del orden que siguen todas las energías naturales, o sea fuera de «toda la naturaleza creada» (29).

Esto me parece evidente. Lo que no me explico es que después de afirmar esta doctrina haya quien tenga valor para escribir a renglón seguido que la «excitación nerviosa» (que dá por resultado las visiones lumpienses) «la realizan los ángeles, que tienen influjo dinámico sobre todas las criaturas corpóreas» (p. 44.)

Una de dos: o son milagro o no lo son. Si no lo son tengamos valor para decirlo paladinamente; si lo son, no pueden ser obra de los ángeles, porque sólo Dios puede hacer los milagros por su propia virtud» (p. 40.) «Sólo Dios hace el «milagro», porque es causa primera, trascendente «simpliciter, et omnibus occul-

tra» (p. 30.) Las substancias espirituales no pueden ser causas eficientes de ellos, aunque puedan realizar fenómenos que llenen de admiración al hombre (página 40). Las substancias espirituales pueden hacer cosas que suceden «visiblemente» en este mundo (p. 30), pero téngase en cuenta que estas visiones corporales no cabe duda que son fenómenos «simpliciter» naturales» (p. 31), y si las visiones de Limpias son milagros sobrenaturales es porque no son obra de las substancias espirituales creadas, sino de Dios.

Es una verdadera contradicción el hablar de milagros y decir que los milagros, singularmente en los «quoad modum», o sea los contenidos en el tercer grupo, pueden ser los ángeles instrumentos muy poderosos, no sólo en cuanto reflejan la voluntad de Dios... sino en cuanto influyen «físicamente», esto es, «realmente», en las cosas materiales para la realización de los hechos (verdaderamente) milagrosos» (p. 40).

Tampoco se puede afirmar que «Todas las apariciones realizadas en la Ley Antigua, no sólo cuando nombra el texto la palabra «ángel», sino todas, incluso las del Señor, las de Elohim o Jehová, las hicieron los ángeles. Cuando Moisés veía a Dios y «hablaba con El cara a cara, hablaba en realidad con un ángel y no con Dios», esto es inexacto, pues el mismo Santo Tomás, que no hacía falta traer ni llevar en estas cuestiones, hablando de la visión o locución con Dios (1)

(1) Per visionem faciei intelligitur quaedam eminens contemplatio et familiaris infra essentiae divinae visione». Sum Theol, I-II, q. XCVII, a 1 ad 2 m. y además (p. 41).

no dice que todas, sino que «Muchas de las apariciones» que se comprueban históricamente y se refieren a difuntos, son obra también de los ángeles, buenos o malos».

Artículo 3.º

Eficiencia de los sucesos de Limpias por causas naturales.

Parece increíble, pero es cierto, que los mismos partidarios de la eficiencia angélica en lo referente a Limpias se encuentran tan ayunos de convicciones y hablan con tal incertidumbre y vacilación que por último, concluyen afirmando que lo acaecido es de un orden puramente natural. Se complacen en salpicar ese hecho con denigrantes sospechas, y arrinconarlo en las tenebrosas sombras de la impostura, el mito y la fábula.

Si se confiesan favorables a los sucesos, yo no comprendo como pueden recoger ciertas versiones que equivalen a una rotunda negación, según puede verse por un fragmento que copiamos: «En realidad, en este asunto de Limpias hay más que nada un caso de innfladura periodística.

Seguramente, continúan diciendo, ha ido todo Santander; pero yo no he encontrado más que una joven que diga rotundamente que lo ha visto, y además como una cosa sin importancia y del mismo modo que pudiera decir vió un eclipse (1).

(1) Yo también he ido y me explico perfectamente muchas cosas. Al traspasar el umbral es muy difícil no sentirse un poco emocionado, aunque vaya uno con todas las prevenciones y frescura posibles. No una, sino muchas, son las personas que afirman haberlo visto.



que antes reconocen la sobrenaturalidad de los hechos, el ánimo no sabe aquí a qué atenerse en medio de tanta incertidumbre y desorientación.

Artículo 4.º

La actitud que quisieran algunos adoptasen los videntes de los sucesos lúmpiensés.

Este fluctuante modo de escribir, les lleva directamente a la más palmaria contradicción en sus apreciaciones, y les conduce como por la mano a la negación y el menosprecio de los hechos. Veamos como se expresan.

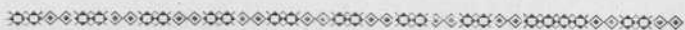
Aunque las visiones lúmpiensés sean de Dios; lo más seguro es negarlas, así no se sufren engaños, ni se menoscaba la humildad ni deja de guiar la lumbre oscura de la Fe. Y aunque no se nieguen cuando parezcan claras, que no se les conceda importancia como a formas imperfectas que son». (p. 25.)

«Es preciso insistir aquí «en el valor únicamente representativo de las verdades de fe», que tienen estas visiones que nada añaden a la fe, para deshacer esos entusiasmos por lo milagroso. (p. 38) (1).

«Los milagros, dicen, son hoy un obstáculo para que crean muchas almas, en vez de ser un camino para la fe (yo creo lo contrario); y cuando así hablamos entiéndase que «no hablamos—nos dicen—precisamente de los milagros actuales, sino de los que están rigurosamente demostrados, incluso de los hechos por Jesucristo,



(1) Nadie, hasta el presente, ha dicho que los sucesos de Lúmpias añadan algo nuevo al Símbolo de la fe o a los medios de santificación.



durante su vida mortal». Y refiriéndose al caso concreto de Limpias, dicen que «no tenemos derecho a recriminarles si rechazan el carácter «milagroso» de los hechos Limpias». (p. 48.)

Es muy corriente oír frases de menosprecio cuando se nombran milagros históricos». (p. 46).

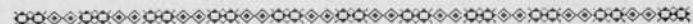
Artículo 5.º

Nuestro juicio respecto a las afirmaciones del presente artículo.

Es evidente que el actual estado de muchísimas inteligencias modernas es un estado de franca hostilidad y de manifiesta animadversión a todo el orden sobrenatural.

Una de las enseñanzas sobrenaturales que con más fuerza repelen los espíritus racionalísticamente modernizados es la doctrina de la naturaleza e historia del milagro, contra el que tienen ojeriza muy notable, y al que profesan tan mortal enemiga que bien quisieran ver tachado de todos los vocabularios existentes.

Esto no tiene nada de particular, ni debe admirarnos, sobre todo si se tiene en cuenta que el presente siglo está completamente informado del más refinado espíritu materialista, el cual do quiera penetre, debilita grandemente el deseo de los bienes celestiales, amortigua la llama de la fe divina, retrae al hombre de la gracia deificante y relevante... y teniéndole encorbado constantemente hacia la tierra, hace que deteste y aborrezca todo lo que no puede apreciar por los sentidos.—El odio al orden sobrenatural es muy natural y perfectamente explicable en los



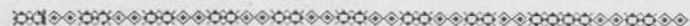
que tienen interés en que todo lo de ultratumba sea un mito.

Lo que pasma y admira es el ver como algunas almas de gran fe se acoquinan ante tales afirmaciones, y, amedrentadas al ver la cara hosca que ponen los anti-sobrenaturales cuando se les habla de algún hecho milagroso, se encaran con los creyentes, a quienes recriminan sus entusiasmos por lo maravilloso, y tratan de imponer silencio diciendo: «No seáis imprudentes, no molestéis, no cerréis el camino de la conversión de las almas con esos vuestros delirantes regocijos por las manifestaciones divinas del orden sobrenatural». El milagro—dicen—«es un estorbo, y urge matar el entusiasmo por el mismo»; y la razón, añaden, de por qué es necesario achicar y hasta apagar la llama del fervor en pro de los hechos sobrenaturales, que llamamos «milagros», es porque tienen para sí que «los milagros son hoy un obstáculo para que crean muchas almas, en vez de ser un camino para la fe»; y dicen que estorban porque la inteligencia moderna, acostumbrada a exigir demostraciones más o menos artificiosas.

Quieren que le prueben todo, sienten horror a lo sobrenatural y una repugnancia manifiesta a la intervención de Dios en las cosas del mundo por vía excepcional y milagrosa». (págs. 44 y 47).

Y entiéndase, continúan diciendo, que al expresarnos así «no hablamos precisamente de los milagros actuales, sino de los que están rigurosamente demostrados, incluso de los hechos en vida por Jesucristo. (p.45)

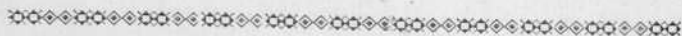
Es muy corriente oír frases de menosprecio cuando se nombran milagros históricos. Y la crítica juiciosa no





se detiene examinando la veracidad de los testimonios; basta que un hecho «huela» a milagro, para rechazarlo sin más estudio. Cosas de la ignorancia, aromas de la leyenda, estelas de superstición: no merecen la pena de pararse un momento. Aun sobre los milagros hechos por Jesucristo extiende la duda sus negras alas. (págs. 44 y 46).

Es indudable que existe repulsión al milagro, y que hay una verdadera ansia por explicarlo todo «naturalmente», y porque es innegable que tal es el ambiente de hostilidad a lo sobrenatural en que vive el «mundo racionalista, porque existe repulsión al milagro», y porque hay ansia de explicarlo todo «naturalmente», por eso, y sólo por eso, algunos escritores del día no tienen reparo en afirmar, grave y majestuosamente, que «los milagros estorban».





CAPITULO V

El milagro y su importancia en los planes de la Divina Providencia.

Artículo 1.º

Valor demostrativo del milagro.

Nuestro humilde y firme parecer en este particular es el de que «Los milagros no estorban», y no estorban porque los milagros son obra de Dios, y Dios no puede hacer obras contraproducentes; y haría cosas contraproducentes si los milagros, que son obra suya fuesen un estorbo y «constituyesen un obstáculo para que crean muchas almas, en vez de ser un camino para la fe».

El milagro es el «sillo divino» de todo el orden sobrenatural, es el más poderoso testimonio de la intervención de Dios en el mundo», es la garantía que Jesús nos dió de su divinidad, es la base sobre que descansa nuestra religión, según aquello de San Pablo: Si Jesucristo no resucitó, vana es nuestra fe, vana nuestra esperanza, vana nuestra religión... y nosotros seríamos los más miserables de todos los hombres.—Dios se sirvió del milagro para la conversión del mundo, y aun hoy día acude al milagro para doblar la durísima cerviz de algunos mortales, los cuales, por rebeldes



que sean, puestos en la presencia de los acontecimientos milagrosos no tienen más remedio, moralmente hablando, que rendirse.—Afirmar el milagro es «afirmar lo sobrenatural, es afirmar la esencia de la Religión cristiana, y, de modo implícito, es confesar sus dogmas y sus enseñanzas».—Negar el milagro es negar lo sobrenatural, y por lo mismo es «dar un mentís a la religión, que vive de lo sobrenatural».—Así se explica que el racionalismo haya puesto tanto «empeño en negar la doctrina del milagro, bien sea combatiendo su posibilidad, o bien oponiendo el argumento ridículo de «la no comprobación», que tanto intimida a no pocas preclaras inteligencias.

De suerte, que quienes se escandalizan de oír hablar de el milagro es sencillamente porque el milagro atormenta sus conciencias con la idea de que, contra lo que quisieran, entra en funciones la potencia oculta y divina que negaban, quedando así desbaratados sus planes paradisiacos de bienandanzas terrenales.

En este sentido es certísimo que el «milagro es un estorbo»: estorba las obras de Satanás y sus satélites; estorba la difusión de la incredulidad; y, finalmente, estorba el triunfo y la glorificación de las ideas ateas y materialistas.—Y porque es un verdadero estorbo para tantas obras de la incredulidad, por eso precisamente, y nada más que por eso, lo vemos odiado, combatido y negado por todos aquellos a quienes convenía fuera mentira todo lo que atestigua la posibilidad, razonabilidad y realidad histórica del milagro.

Odiaron el milagro los judíos, que cegados por sus pasiones, se obstinaron en asegurar a la plebe que Je-



sús no hacía milagros, y que sus obras eran simples maravillas realizadas por arte mágico; en Egipto los detestó Faraón y, en nuestros días, los afiliados a la escuela racionalista sienten crispárseles los cabellos luego que oyen hablar de milagros: su alarma me parece muy justa porque la realización de un sólo milagro echa por tierra todos los planes de su tenebrosa y maquiabélica obra.

Lo que no es justo ni acomodado a la verdad es el llamar «crítica juiciosa» a la crítica que «sin más estudio», y sin detenerse a examinar la veracidad de los testimonios, rechaza un hecho sobrenatural sólo porque «huele» a milagro.—Si eso fuera verdad, tendríamos que decir ser el pueblo judío y el mundo materialista, el mundo y el pueblo más juiciosos de cuantos han existido; pero esta afirmación bien echa de ver que no la pueden proferir labios que sean mandados por ánimo bien equilibrado.—Es cierto que las «inteligencias racionalísticamente modernizadas» sienten horror a los acontecimientos que revisiten carácter milagroso, pero no se aviene bien con la verdad el afirmar que las «inteligencias modernas, cultas e ilustradas», pronuncien frases de menosprecio cuando se nombran milagros, ni mucho menos que los consideren un estorbo.

Con esto no queremos decir que se deba conceder a todos los milagros la misma importancia.

Artículo 2.º

Diferencia de los milagros por su importancia y trascendencia demostrativas.

Si los milagros ciertamente no constituyen estor-





bo para la conversión de las almas, indudablemente no todos tienen la misma importancia y trascendencia; porque si bien es evidente que todos ellos desempeñan un papel importantísimo en el actual orden de cosas, no por eso se ha de creer que todos sean igualmente instructivos y beneficiosos a la religión católica, de la que son patrimonio exclusivo: algunos, como por ejemplo el de la Resurrección del Señor, son la base sobre que descansa el edificio dogmático y moral de la Religión Católica; otros, como los que acompañaron la predicación de los Apóstoles y sus Discípulos, fueron poderosísimos auxiliares de que se valió la gracia del Espíritu Santo para que la fe se difundiera y arraigase más y más en el corazón de los fieles; y otros finalmente, como los realizados en nuestros tiempos, constituyen una especie de despertadores divinos que despierecen las almas adormecidas en el sueño placentero de las comodidades sensibles, obligándolas a levantar su vista al cielo: éstos suelen estar encaminados a la conversión de algún alma, a la edificación espiritual de un pueblo, o a reanimar la fe y el amor de una generación hacia algún misterio determinado de nuestra Religión. A los milagros no se les debe dar ni quitar importancia: en ellos «se debe reconocer la que tengan». Y no sólo se les debe reconocer la importancia que entrañen, sino que, «por ser todos ellos obra de Dios», a todos los debemos considerar dignos de aprecio y cariño.

Artículo 2.º

Todos merecen nuestro cariño.

Muchos, al verse ante la realidad innegable de un he-



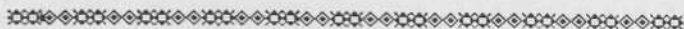


cho milagroso, quisieran echar sobre el mismo toda la tierra de nuestro planeta, o al menos que todo el mundo guardase profundo y absoluto silencio: de ese modo aunque interviniese Dios en la tierra sería como si no interviniese. Esa es la táctica que los fariseos siguieron con los Apóstoles: andad, les dijeron, os dejamos ir libres con tal de que calléis y no digáis lo que visteis y oísteis de Jesús; pero ellos, sabedores de que era imposible que las gentes creyeran el Evangelio si no lo predicaban, se creyeron en el deber de publicar a los cuatro vientos cuanto sabían de la vida y doctrina del Divino Salvador. Lo mismo sucede hoy día con las obras de Dios: en cualquier sitio que se comience a barruntar la influencia divina en la eficiencia de un suceso, espíritus aviesos se acercan a nosotros y con celo redentor nos soplan al oído este satánico consejo: ¡chitón, no digáis nada, amordacemos la Prensa, no hagamos mención ninguna de esas cosas con que se puede comprometer la religión, y que por lo mismo «se deben despreciar». Esto lo hemos oído a gente no muy bien intencionada, y también lo hemos leído en los escritos de ciertas personas que juzgamos de nobles procederes, pero que no por eso dejan de secundar los planes torcidos de los primeros.

Artículo 4.º

El criterio negativo frente a las manifestaciones divinas, es censurable.

Si reprochable es el consejo del silencio que se pretende imponer por algunos a los testigos de las manifestaciones de la actividad divina, más censurable es el





tergiversa y violenta muchísimo, tratan algunos escritores de persuadir a sus lectores de que todo milagro-visión sólo merece reproches y desvíos por parte de los hombres, los que acertarán si no le prestan atención ni les conceden importancia. Este criterio frente a los milagros, singularmente frente a los milagros-visión, se viene sosteniendo en nuestros días con mucha apariencia de erudicción y con no menor gala de tradicionalismo místico, y, porque lo reputamos pernicioso en sus consecuencias y vicioso en su fundamento, no vacilamos en oponerle la categórica afirmación de que «todo milagro», desde el momento que nos conste ser obra de Dios, «merece nuestro cariño».

Yo no veo ni entiendo la razón de por qué nos hemos de empeñar en que permanezca oculto un hecho milagroso: desde el momento que nos conste de que un acontecimiento es debido a la intervención divina, desde ese momento se merece todo nuestro cariño, y es digno de que pongamos a contribución todo nuestro celo para acelerar su divulgación y aclarar la naturaleza de los mismos. Ciertamente que las «almas santas, y «sólo almas santas», al ver la realización de algún milagro-visión, «mostraron repugnancia a manifestar el favor que se les había concedido; pero también es evidente que ningún autor ascético ni místico» dice que las almas santas hayan despreciado las visiones milagrosas realizadas en sí mismas o en los otros una vez que se aseguraban de la intervención divina. Antes de inquirir certeza de la eficiencia divina de una manifestación sí que se necesita mucha cautela y circunspección; pero una vez que en nuestra alma brote pujante la certeza racional, no hay por qué





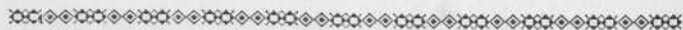
acariciar recelos ni desvíos hacia lo que la razón nos dice claramente ser obra del Ser Supremo: son obra de Dios, y basta.

Artículo 6.º

El proceder de las almas santas respecto a las visiones obradas en sí y los otros.

Claro está que nunca debemos suplicar ni desear se nos conceda la gracia de que en nosotros se realice alguna visión milagrosa—las apariciones, dice el Seráfico Doctor San Buenaventura, más bien se deben temer que desear (1)—pero de ahí no se sigue en manera alguna, como alguien ha pretendido, que sólo debemos tener desdén para las visiones milagrosas con que Dios favorece a otras almas. Que «no está el mal en el milagro-visión, sino en quien lo ve y no se aprovecha con humildad de él.—En esto de rehuir o abrazar con tierno afecto la manifestación milagrosa de Dios en la tierra, ninguna regla de conducta podemos trazar más clara ni más acertada que el modo de proceder de todos los Santos favorecidos con alguna visión milagrosa: ellos no buscaron ni desearon esas cosas extraordinarias; pero, luego que comprendieron ser divino lo que se les manifestaba, se aplicaron con todo ahinco a poner en práctica o anunciar lo que se les comunicaba en visión o locución milagrosa.

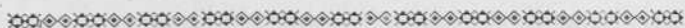
(1) Apparitiones potius sunt formidandae quam desiderandae, «Bonav.», Senten., dist. IX., l., q. 9.

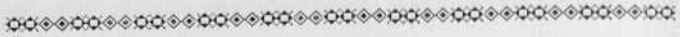




Moisés no despreció ninguna de cuantas manifestaciones divinas disfrutó, y se presetntó a Faraón como enviado de Dios; y a los hijos de Israel, cuando les hablaba para intimarles la ley, siempre les decía: «el Señor me ha dicho», etc.; los Profetas todos se condujeron de igual suerte; la Santísima Virgen María no despreció la visión del Angel que le anunciaba la voluntad del Verbo de encarnarse en su purísimo seno, sino que acató, reverenció y se sometió a la divina disposición; San José, amonestado en sueños de que huyese con Jesús y María y se internase en Egipto, tampoco juzgó prudente menospreciar el aviso y no hacerle caso, sino que sin demora lo puso en práctica, marchando de su tierra y dejando su casa y parentela.

Además, a favor de nuestro parecer, de que no se deben despreciar los milagros-visión, tenemos el proceder de grandes y eminentes sabios escolásticos, los cuales, lejos de «negar» y «menospreciar» los milagros-visión, los «recogían» con cariño, y, con todas las consideraciones debidas, los incorporaban en sus magistrales obras teológicas, en las que se les concede toda la importancia que en sí tienen. «Sabemos, por ejemplo, que en los siglos XII y XIII se repitieron con bastante frecuencia los milagros eucarísticos...: unas veces aparecían en las Hostia consagrada manchas de sangre; otras, se empapaban de sangre los manteles del altar; otras, aparecía un Niño Jesús preciosísimo».—Esto y otros milagros-visión por el estilo, si hubiéramos de creer lo que nos dicen algunos escritores del día, sólo merecen desvío, y «lo más seguro, según en parecer sería negarlos o por lo menos, «no se les debiera conceder importancia ningun-





na»; pero aquellos eminentes doctores contemporáneos a los sucesos, «ni los negaron ni les quitaron importancia», antes sí, los recogieron y los consignaron en sus tratados filosóficos-teológicos.—Y no sólo los hombres sabios y prudentes de aquellos siglos no se indignaron contra los que afirmaban ver tales maravillas sacramentales, sino que hasta los Pontífices se ocuparon respetuosamente de los mismos: al parecer el Papa Gregorio IX, en marzo de 1228 publicó un decreto acerca de los hechos a que nos referimos. Posteriormente, otros Pontífices examinaron, y «lejos de negar» los milagros visión, aprobaron y sancionaron con su autoridad algunas manifestaciones sobrenaturales: las visiones de Bernardita en la gruta de Lourdes, las de Santa Margarita de Alacoque, Santa Juana de Arco y mil que se pudieran citar.

Por último, y para terminar, los que dicen que «siempre se han de desechar las visiones y representaciones, «aunque sean de Dios», no creo se atrevan a sostener ese principio cuando se trate de señalar el aprecio y cariño que se merecen las visiones místicas de las almas tan santas como Santa Brígida, Santa Gertrudis, Santa Teresa de Jesús, Santa Verónica de Julianis, la Venerable Madre Sor María Jesús de Agreda y otros Santos y Santas, cuyas revelaciones todas acatamos con respeto y sumisión.—Y si éste es nuestro proceder por lo que atañe a estos siervos y siervas de Dios, no creo deba ser otra nuestra conducta y proceder con todos los milagros-visión—por modernos que ellos sean—desde el momento que nos conste ciertamente ser obra de Dios. Y a los que se rían de nuestro proceder, censuren o «rechacen sin motivo ni funda-





mento» el hecho milagroso, aunque no se trate más que de un simple milagro-visión, podemos y debemos—pues para ello no asiste perfectísimo derecho—recriminarles o hacerles todos los cargos y cuantas consideraciones sean del caso: insultar, no; pero acorrallar con razones, sí; y esto con tanto más entusiasmo cuanto el milagro sea más evidente.—Me admira grandemente que haya almas tan intransigentes hasta con erratas de imprenta, y luego se muestren tan complacientes, tan condescendientes con los de la acera de enfrente, se encaren con sus hermanos, y les reconvenzan, diciendo: no hay derecho a recriminar a quien sin razón plausible ni fundamento alguno rechace el «carácter milagroso de los hechos», por ejemplo, de Limpias, «y que no es conveniente dar tanta publicidad a semejantes hechos... «aunque sean ciertos».

Los que así escriben, son los mismo que a renglón seguido nos dicen que «negar ciertos hechos milagrosos será imprudencia, temeridad, falta de consideración, grosería...; pero «nada» contra la fe divina, y «todo» contra los testimonios humanos. Admitir la veracidad de los testigos y creer en los relatos, pero dar a los hechos una interpretación racional dentro del campo científico, será una tentativa infructuosa, estéril, descarriada»... y a pesar de ser así, sostienen que no hay derecho a recriminarles; mas yo entiendo que semejante arbitrariedad de discurso es motivo no que suficiente para que nos creamos con derecho a censurar duramente la lógica de tales hombres. Claro está que no se puede llamar «hereje» al hombre sabio o ignorante que caprichosamente se aferra a su parecer, y sin razón niega la historia de los milagros que pudiéramos





llamar extra-dogmáticos; pero también es evidente que con sobrada razón se le podrá reducir al orden y aplicar todos los calificativos que se merece.

Termino este capítulo diciendo: sabemos que «no es lo mismo creer en un prodigio de Jesucristo, que consta dogmáticamente en los Evangelios, que creer en los movimientos de una imagen tallada en madera»; pero también se debe tener en cuenta que desde el momento que nos conste la veracidad histórica de un milagro, sea del orden o tiempo que fuere, «merece todo nuestro cariño, y nos asiste el perfectísimo derecho de defenderlo con todo el tesón y valentía posibles».

Dejando a un lado estas palmarias enseñanzas dogmáticas y aquellas manifiestas contradicciones místicas, vamos a consgrarnos al estudio de la causa eficiente de los sucesos de Limpias.





CAPITULO VI

Causa eficiente de los sucesos de Limpias.

Artículo 1.º

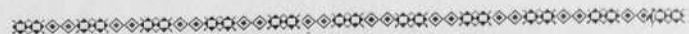
Enumeración de las causas generadoras de un hecho.

Respecto de este particular decíamos y decimos que las causas asignables como determinantes o generadoras de un hecho o acatamiento histórico pueden ser de dos categorías: causa natural y causa sobrenatural. La causa sobrenatural no puede ser más que Dios, y por lo mismo es única; no así la causa natural, que puede ser múltiple, pues entre la multitud casi interminable de estas causas naturales, capaces de provocar la manifestación de un hecho, se pueden reconocer tres grupos específicamente distintos:

Causa suprasensible— a) causa angélica y causa diabólica.
Causa sensible— c) Causa física (1).
b) Causa anímica.

(1) Aun cuando la clasificación que hacemos está bien ordenada, no obstante, ha sido recibida con irónico desdén por ciertos escritores antilumpienses, los que, en su afán de poner en solfa el pensamiento de los que no discurren como ellos, entre compasivos y sarcásticos, al par que hambrientos de presentarnos a sus lectores con la aureola del atolondramiento y desorientación, critican así nuestra enumera-





Después, y como asentando las bases de nuestro razonamiento, en la página 161 de nuestra obra escribíamos lo que sigue.

Siempre que un fenómeno se pueda explicar por la operación de una causa sensible, jamás se debe recurrir a una causa suprasensible; y si fuera necesario apelar a la causa suprasensible para poder explicar satisfactoriamente el suceso, no se debe pensar en la causa sobrenatural, mientras sea posible una explicación convincente por la simple acción de una causa natural, aunque sea suprasensible.

Pero si después de un serio y concienzudo examen viésemos que el efecto no tiene ciertamente explicación plausible en ninguna causa creada, sea sensible, sea suprasensible, en ese caso, y únicamente en ese caso, podríamos y tendríamos que señalar como causa del mismo la única causa asignable, o sea la causa supracreada, Dios.

ción de causas naturales: el «tercer grupo no aparece, porque suponemos que la causa angélica y la diabólica no se dividirá en dos grupos específicamente distintos: pues tan «substancias subsistentes» son los ángeles como los demonios.» Y con esto creen poner una pica en Flandes, cuando en realidad sólo hacen el ridículo. Es evidente y clarísimo que el ángel y el demonio no se diferencian específicamente; pero tan clarísimo y evidente como eso es el que las fuerzas anímicas y las fuerzas físicas se diferencian específicamente; y esto que es evidente y claro no necesita explicación de ningún género en la tierra do moran hombres de buena voluntad. Insisto, pues, en que sólo tres grupos de causas específicamente distintas se pueden señalar entre los agentes naturales, los que me parecen están bien enumerados.

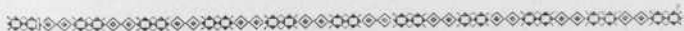


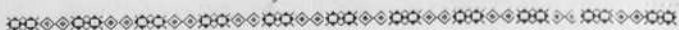


Y con este criterio entramos a estudiar inmediatamente la última de las causas naturales, o sea la causa física, y terminábamos el estudio de esta causa con esta conclusión que nos parecía aceptable: hoy por hoy, el físico tropieza con dificultades «casi» insuperables para poder afirmar, con visos de verosimilitud, que en realidad el caso de Limpias es uno de tantos fenómenos fotológicos, y, por lo mismo, que debe confesar paladinamente que no hay razón manifiesta para decir que el tal suceso tiene su causa eficiente oculta entre las rapidísimas vibraciones luminosas de la materia hipotética que denominamos éter.

Esta nuestra conclusión, fué amablemente anotada por el Sr. Somellera (D. Gabriel Fernández-Somellera), el cual reforzó nuestro parecer aconsejándonos que «quitásemos el casi». Este señor vive de continuo en Limpias desde hace algunos años, y está viendo la santa imagen todos los días, asistió a la Misión, y sigue paso a paso el desenvolvimiento de los sucesos. Así las cosas, sin inquietudes ni desasosiegos veíamos sucederse los acontecimientos lumpienses, que ni nos daban frío ni calor.

Por carta particular sabíamos que en Roma, sin negar ni despreciar, sin dar ni quitar importancia a los sucesos de Limpias, se seguía muy de cerca la pista a los mismos: el fallo pontificio que sobre el particular pudiera recaer, ni ansiosos lo anhelábamos, ni temerosos lo esperábamos. Cuando Roma hable, todo se habrá terminado: «Roma locuta, causa finita»: su sentencia, diga lo que dijere, con frente serena y ánimo tranquilo cordialísimamente la acatamos. Mientras tanto, no queremos privar a nuestro espíritu





de tener la satisfacción de contar a los lectores de «El Mensajero» lo que acerca de esto dicen otros espíritus, no inafiables.

En nuestro trabajo siempre procuramos evitar el imitar a esas almas truenos engendradas por el rayo en el seno de la tempestad, y que, para demostrar que únicamente lo suyo es útil y ajustado a la verdad, fustigan y desprecian cuanto los demás enseñan.

Pues bien, es el caso que, según cuentan los papeles, espíritus observadores han ido a Limpias agujoneados únicamente por el deseo de estudiar y descubrir las causas de los acontecimientos de Limpias, y nos dicen que tras un mes de experiencias realizadas ante la propia imagen del Santísimo Cristo de la Agonía de Limpias, como fruto de tales experiencias, afirman: que los hechos que se refieren como prodigiosos tienen lugar en el objeto, y su origen es puramente natural.

Lo que dicen estos espíritus preclaros, dignos de toda consideración y respetos, se lo diré a mis lectores en el siguiente capítulo, anticipándoles que las revelaciones científicas y experimentales que se nos ofrecen dejaron completamente ayuno mi espíritu, que continúa creyendo con el Sr. Somellera y otros mil, que no hay razones convincentes para demostrar que el caso de Limpias es fenómeno engendrado por las fuerzas físicas y mucho menos, que sea una simple maravilla del arte pictóricos; mañana, Dios dirá. Oigamos a los que tal enseñan.





CAPITULO VII

Las maravillas del arte.

Artículo 1.º

Lo que se dijo en un principio sobre la eficiencia de los sucesos de Limpias.

Cuando se iniciaron las desacostumbradas manifestaciones ante la imagen de Jesús Agonizante, que se venera en la villa de Limpias, algunas almas de las que se dicen muy avispadas, aunque sin estudio ni cultura, y sin razón ni examen, por añadidura, decían regocijadas y festivas: los misioneros son muy listos y tratan de sorprendernos con esas cosas que ellos hacen por medio de «resorte» y «juego de luces». Estas salidas tan caprichosas de la gente lista, ni siquiera fueron tomadas en consideración en aquel entonces; pero sucedió que andando el tiempo, «se dejó a un lado lo de resortes y mecanismos», y se hizo mucho hincapié sobre lo concerniente a lo de «juego de luces».—En cierta ocasión nos encontrábamos estrujados sumamente y molestados en el presbiterio de la iglesia parroquial de Limpias: la causa de nuestra molestia e indignación provenía de ver la actitud adoptada por algunos de esos espíritus rectos que tanto les





duelen los desacatos en el templo, desacatos que en el caso de Limpias se muestran interesadísimos en cargar sobre los hombros de los videntes (1). Personados en aquel sagrado recinto con cierto aire de suficiencia, aguardaron a que terminase el sermón para sorprender en ese mismo momento el ánimo de las gentes y provocar las famosas visiones en los que, a juzgar por lo que decían en su burlesco siseo, reputaban cándidos ilusos. Si llegan a conseguirlo ¡qué carcajadas hubieran sido las suyas! Se acercaron, pues, a la llave de la luz eléctrica, y, al propio tiempo que le dieron mil vueltas, rápidas y pausadas, con el fin de que alternasen las sombras y la claridad, se miraban muy satisfechos con cara de risa, y, seguros del éxito que se habían imaginado, mutuamente se decían: ya veréis cómo todos estos comienzan a ver. Dad media vuelta a la llave, y apagad; encendedla y esperad un poco; apagadla de nuevo y deteneos un rato; voivedla a encender... Las tentativas todas salían infructuosas, pues ningún concurrente veía nada; y a la plácida serenidad de rostro con que habían entrado sucedió el encogerse de hombros, arrugar la frente, fruncir el ceño, inclinar la cabeza, y la más amarga contrariedad que los descorazonó. Al ver que con esas alternativas de luz y obscuridad nada conseguían,

(1) Con sorpresa nos hemos visto citados para demostrar que las visiones eran fuente inagotable de irreverencias y escándalos, cuando precisamente en el lugar citado aseguramos—porque así es—que las faltas de respeto no se pueden imputar a los videntes, sino a los descreídos.





se retiraron mustios y descorazonados, no sin decir, al marcharse, malhumorados: nada, nada, está visto; todo esto es juego de luces...; y el que esto escribe, y que silencioso lo había presenciado, repetía en sus adentros: ¡Se necesita frescura y despreocupación! Damos fe de lo que nuestros ojos vieron, y oyeron nuestros oídos. Ellos habían hecho con la luz cuantos juegos y combinaciones quisieron y les vino en talante, a pesar de lo cual, nadie vió nada; y luego se retiran y van diciendo que todo es efecto de luces.—Yo creí que esta afirmación no tendría eco en los hombres de saber que serenamente investigasen la verdad; pero no fué así, pues al poco tiempo algunos escritores, muy felicitados, y para quienes lo de Limpias a ratos es milagroso y a ratos efecto de la sugestión, imitando al cangrejo en sus saltos, recogieron en sus escritos, con visos de verosimilitud, esa preocupación vulgar referente a que lo de Limpias debía ser efecto físico de la luz.—Estos mismos escritores, que, después de reconocer por milagrosas las visiones de Limpias, remataron sus escritos poniendo al Santísimo Cristo un nimbo de superstición e impostura, cosa que en el presente caso nadie podrá evidenciar, como que no hacían nada, siembra sembrando a capricho para que otros recogiesen a placer, dejaron caer la idea de que el hecho de Limpias «tal vez» no fuese más que devotas ilusiones visuales (se olvidan de que las almas devotas son las menos que vieron, siendo los afortunados los más recalcitrantes) nacidas de «ciertos fenómenos naturales que las motivan (no determinan la naturaleza de esos fenómenos), «a base todos ellos de colores», luz y sombra.

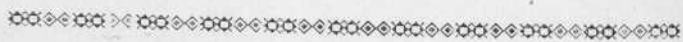




Puede que nos engañemos, añadian, pero nosotros quiéramos que se variase la colocación de la imagen, que se modificase el ambiente, y se cambiase el marco (por decirlo así) de las imágenes».—Con la misma timidez e incertidumbre que estos escritores, otros, muy afines, acogían la posibilidad de que todo fuese juego de luces; y por eso, hablando de la peregrinación catalana, no titubearon en acoger sin salvedades ni restricciones la versión de que la falta de luz había sido tomada como un suceso milagroso. Sus palabras son éstas: «durante los actos de la mañana no se había manifestado el milagro. Por la tarde, a ruegos reiterados, subió a predicar. Cuando llevaba diez minutos de oración, la central eléctrica retiró la corriente a la hora acostumbrada de todos los días. Esta falta de luz fué tomada por muchos peregrinos como hecho sobrenatural; y comenzaron los lloros, los clamoreos, las grandes voces pidiendo perdón y misericordia...

Y digo yo (hablan ellos) ¿qué valor puede tener el testimonio de quienes, después de esa necia y vulgar interpretación del más sencillo y corriente suceso, dicen que fueron regalados con la visión trágica de la nueva agonía? Mis lectores darán la respuesta que crean más oportuna a esta formidable interrogación».

Así es como sin comentarios, sin dudas, sin reparo de ningún género entregaron a sus lectores el recorte de un periódico, que ya sabemos la pausa y criterio con que se redactan, de cuya lectura el ánimo saca la impresión de que, como en la peregrinación citada, en todas las visiones no hay más que una ilusión de la multitud que toma una cosa por otra. Esto





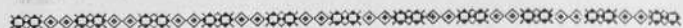
es lo que por algunos se dijo en un principio referente a la causa eficiente de las visiones lumpienses; sus afirmaciones, como se ve, no están fundamentadas en ninguna razón convincente, y, aunque fuesen verdad, tal como se nos presenta son arbitrarias y caprichosas. Lo que actualmente se dice sobre el mismo tema, es que son puras maravillas del arte.

Artículo 2.º

Lo que más tarde se escribió sobre la causa de los sucesos de Limpías.

En el anterior artículo decíamos que, a última hora, habían aparecido en el mundo periodístico determinados escritores que, sin rodeos ni circunloquios, aseguran con aire científico lo que tímidamente se había dicho en un principio por los despreocupados: son los que, «declarándose abiertamente contra el origen sobrenatural de los hechos lumpienses», afirman clara y paladinamente que «son simple maravilla del arte o sencilla manifestación del arte de las maravillas». SUS AFIRMACIONES ANTISOBRENATURALISTAS, en el caso presente, NO SON AMBIGUAS; pero SUS RAZONES CARECEN DE FUERZA DEMOSTRATIVA, según verán nuestros lectores. Concretemos: Debiéramos comenzar por analizar lo que últimamente se dijo sobre el movimiento de los ojos, pero circunstancias ajenas a nuestra voluntad nos obligan a dar principio por lo que referente a los movimientos respiratorios del pecho sostienen los partidarios de la causalidad natural de las manifestaciones observadas ante la imagen del Cristo de Limpías.





«La imagen, dicen, parece que respira y, esto que parece prodigioso, no lo es, pues tiene un origen puramente natural».

Tal es, si les hubiésemos de dar crédito, la verdad monda y lironda de lo que pasa en Limpias.

La explicación que fraudulentamente quiere imponérsenos, es rechazada por la razón como pueril, contradictoria y ridícula, y también porque los principios sobre que se intenta cimentarla adolecen del grave defecto de la falsedad.

Dicen ellos: «un cuerpo parece que se mueve porque así sucede o por la mayor o menor distinción» con que percibimos los detalles (perfiles) del cuerpo móvil. Esta afirmación, tal como está expuesta, es ambigua y muy apta para cazar incautos (la verdad no se defienden con ardidés), y las deducciones que hacen de las mismas no son verídicas ni plausibles, según puede verse en las siguientes consideraciones que copiamos de ellos mismos, y que nuestros lectores verán en el capítulo siguiente.





CAPITULO VIII

El contraste de luces y sombras, y las oscilaciones del voltaje como causa de las inspiraciones del Cristo.

Artículo 1.º

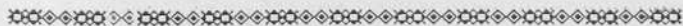
La falsa explicación que se nos dá de por qué se apreciaban las respiraciones en el Cristo.



Hay escritores que escriben soñando, y sueñan despiertos, y en uno de esos sueños han tenido la suerte de recibir la revelación de que el contraste de luces y sombras, producidas por las oscilaciones del voltaje, causan la causa que se note la respiración en el Cristo de Limpias. La explicación que nos dan es ingeniosísima, pero falsísima al mismo tiempo. Véamoslo en los siguientes artículos de este capítulo.

Este fenómeno si hubiéramos de dar crédito a los escritores cuyo pensamiento exponemos, es debido totalmente a las continuas mudanzas de carga en los hilos de la línea, o sea al cambio de voltaje, originado por la desigualdad de carga.

Quando la imagen del Santísimo Cristo se nos ofrece bien iluminada, y, por tanto, clara y distintamente, «parece aproximarse». Baja el voltaje, y el cambio de color y el desvanecido de las sombras causan la impresión de un alejamiento.





Ocurre que a veces al cambio de carga sigue un cambio de voltaje, y esto, dos, tres veces seguidas, con un intervalo de uno a otro cambio igual al que existe entre la inspiración y espiración del pecho humano. Sube el voltaje, y el pecho sube; baja, y el pecho experimenta una pequeña depresión. Cierto es que lo dicho «parece»; pero es una «apariencia» que tiene fundamento en el objeto, que se presenta más o menos iluminado. Luego tampoco este fenómeno es subjetivo.

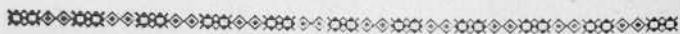
Así discurren y así paran en seco su forzado razonamiento, fatigosamente hilvanado en penosa lucubración, y destinado a convencer a los convencidos de que el movimiento respiratorio advertido por tantos en la santa Imagen es debido al aumento y disminución de claridad luminosa, proveniente del cambio múltiple y sucesivo de voltaje.

Artículo 2.º

Primer reparo a la teoría sombreada.

En la proposición que sostienen hay dos afirmaciones que conviene diferenciar bien para evitar inútiles divagaciones y perniciosas confusiones: en la primera parte confiesan la realidad del fenómeno en cuestión, y en la segunda, al intentar explicarlo satisfactoriamente, niegan lo que de antemano tenían negado—la sobrenaturalidad del mismo—, y afirman lo que antes de todo examen tenían decretado—su causalidad de origen puramente natural.

Esta labor nos parece que es sumamente fácil, tan fácil que ya desde un principio, según dejamos escri-





to en otro lugar, aseguraron lo mismo no pocas inteligencias ayunas de todo saber; la tarea difícil está en demostrar con razones contundentes la veracidad del aserto, dificultad que, si bien no se les oculta a los mantenedores de la negación, no es suficiente al parecer para detenerlos en la carrera de las repulsas, y así los vemos cómo, cerrando los ojos, brincan a tientas por encima de todos los obstáculos racionales que se atraviesan en su camino, y se afanan por presentarnos liso y llano como la palma de la mano lo que en realidad es sumamente escabroso y peliagudo, y más intrincado que el laberinto de Creta.

Estos señores, si en verdad quieren arrancar el asentimiento de nuestra razón a lo que nos proponen, no debieran contentarse con simples afirmaciones, que a nada conducen, sino que más bien debieran dedicarse con empeño y solicitud a explicar y demostrar claramente unas cuantas cosas que tienen el ineludible deber de decirnos y no nos dicen.

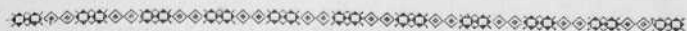
Artículo 3.º

Aclaraciones necesarias; y que se echan de menos en la teoría oscilatoria del votaje.

1.º Y en primer lugar quisiéramos puntualizasen bien «si todos los que vieron los movimientos respiratorios de la imagen los vieron estando encendida o apagada la luz eléctrica»; porque si no estaba encendida —y creo no deben ignorar que en muchos casos los focos eléctricos no iluminaban al Cristo en el momento de la respiración— en este caso los voltios no son ni pueden ser la clave que se busca para expli-



car satisfactoriamente la manifestación de los movimientos respiratorios: y digo que no pueden ser porque, según el supuesto y la realidad de los hechos, se daría el movimiento sin voltios; y si se da movimiento sin voltios, es evidente y más claro que la luz del día que nunca será lícito deducir en buena lógica que los voltios sean la causa de los movimientos con cuya manifestación alguna vez coinciden. Si ridículo es el argumentto de la concomitancia—simul cum hoc, ergo propter hoc—, ridículo y más que pueril nos parece el discurso con que se pretende persuadirnos de que la causa de los movimientos notados en la imagen del Santísimo Cristo se debe poner en las alternativas del voltaje. Yo creo que aunque esas manifestaciones siempre hubieran ido acompañadas de las mencionadas variantes eléctrico-luminosas, cosa que esos señores no se han tomado la molestia de aclararnos, ni aun así hay derecho a concluir de modo categórico que esas variantes sean la causa productora del fenómeno por tantos ojos observado. El camino expedito en esta cuestión es el de la experimentación, la que en el caso presente siempre está a nuestro alcance. Si es que ellos están firmemente persuadidos de que las variantes de luz son las determinantes de los movimientos, lo obvio y aplastante sería ponerse al habla con la central eléctrica y convenir con el encargado el modo y manera de verificar un número determinado de veces el experimento, provocando a capricho las alternativas de alzas y bajas en el voltaje, mientras que alguno de los favorecidos observa cuidadosamente el pecho de la imagen: si la visión comienza con los experimentos, sigue las fa-



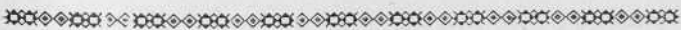
ses de los mismos, y termina al suspenderlos, señal es de que la causa no excede las fuerzas físicas; pero si eso no acontece, no hay para qué pensar en vol-tios ni en cosa que lo valga.

En segundo lugar debieran concretar y aclarar el principio fundamental en que apoyan su singular y peregrina afirmación de que lo de Limpias todo se explica materialmente.

Artículo 4.º

Segunda aclaración necesaria en la teoría del sombreado.
Segundo reparo a la teoría lumínico-cinemática.

Dicen ellos: «nosotros advertimos que un cuerpo está en movimiento o por los puntos de referencia, o por la mayor o menor distinción con que vemos los detalles del cuerpo móvil».—Esto es lo que dicen, y yo entiendo que la enumeración de las causas que pueden provocar la ilusión del movimiento es defec-tuosa, y tal como se nos presenta constituye los so-fismas, argucias y artimañas con que los desocupados tratan de sorprender la buena fe de los que les leen o escuchan.—No siendo nuestro intento detenernos a completar la lista de las causas cinemáticas, nos contentaremos, por ahora, con declarar terminantemente que nos es imposible aceptar la categórica afirmación que se nos ofrece como base de discurso. Tampoco admitimos a secas—porque así es falso de toda false-dad—el principio de que el aumento de luz por sí solo es causa suficiente para que nuestro ojo aprecie clara y distintamente el contorno y perfiles de los cuerpos (cuando estos están muy alejados del campo





de visión distinta nada se adelanta con aumentar la luz si los rayos luminosos no se les desvía de su dirección primitiva), y también creemos que no basta para provocar la ilusión del alejamiento y la aproximación rítmica de ningún objeto; y no sólo estamos persuadidos de que no basta, sino que, a nuestro entender, muchas veces el aumento de claridad puede y debe estar acompañado de un alejamiento considerable de los objetos. Tal sucede, por ejemplo, con una luz o cuerpo iluminado suspendido en el aire o colocado en una altura conveniente, si al mismo tiempo que aumenta la intensidad de su iluminación se provoca en torno suyo la más completa obscuridad: al mirarle en esas condiciones, como no tenemos más punto de comparación que las estrellas, nos parecerá situado en el infinito de la bóveda celeste, donde se encuentran los puntos sensibles de referencia. Eso mismo nos pasa con las estrellas, el sol y la luna, que, no obstante encontrarse a distancias variadas, y a pesar de tener muy distinta brillantez lumínica, nosotros los vemos situados en la misma superficie y equidistantes del centro geométrico de la esfera imaginaria del cielo.

Para que el aumento o disminución de luz cause movimiento aparente de los objetos que, sin moverse, miramos en continuo vaivén, es necesario que ese acrecentamiento se verifique en determinadas circunstancias, las que en modo alguno es lícito ignorar u omitir cuando se trate de explicar algún fenómeno que se deba considerar engendrado por esa alternativa lumínica.

En ellas nos debemos fijar bien para precisarlas y

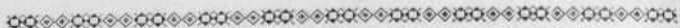




estudiarlas bien; y luego, con diligente solicitud ver si se encuentran o no en el caso debatido; si no concurren, no hay para qué hablar de ese agente luminoso, y si es que se realizan habrá razón para sospechar que esa fuerza sea la causal del fenómeno que se estudia.

Una de las condiciones indispensables, el requisito imprescindible para que la luz pueda causarnos la impresión de que un objeto está más cerca de lo que en realidad está, o que se aproxima a nosotros sin que en realidad se mueva, es que sus contornos estén contrastados convenientemente mediante un sombreado gradual y adecuado, o que sus penumbras permanezcan estacionarias mientras el centro reciba más iluminación, o que el espacio circundante, o sus diversas partes, disminuyan o mantengan su iluminación mientras la claridad del cuerpo gana intensidad.—Claro está que si el sombreado y contraste de luces se hace, no por medio de los colores de la pintura, sino mediante ingeniosas combinaciones de la luz, es innegable que la luz puede causarnos la impresión de que un cuerpo o parte del cuerpo se nos acerca. Pero no se olvide que la condición necesaria, imprescindible, para que así suceda, es que se debe iluminar más intensamente una parte de la imagen, dejando en su tonalidad o rebajando su brillo a las partes colindantes; porque si se ilumina todo el objeto a la vez y por igual, es imposible que haya lugar al movimiento que pudiéramos llamar lúminico-alucinatorio. Y no hay lugar a ese movimiento, porque al iluminarse y obscurecerse por igual un objeto, también por igual se acercaría y alejaría ese





objeto, y así nosotros sólo experimentaríamos fatiga y cansancio ocular mirando el tal objeto sometido a las alternativas de iluminación.—El contraste de la luz y de las sombras guardará siempre la misma proporcionalidad y producirá siempre el mismo efecto aun cuando se multipliquen o dividan por el mismo número—la suma y la diferencia de dos cantidades es siempre la misma por más que a los términos de la operación se les aumente o disminuya la misma cantidad—; de ahí el que no pueda notarse novedad alguna en el objeto a cuyas sombras, penumbras y luces se les añadan o resten simultáneamente nuevo aumento o disminución de luces.

Artículo 5.º

f) Aplicación de la anterior doctrina al caso de Limpías.

Aplicando estas consideraciones de imperiosa realidad científica al caso concreto de Limpías, tenemos que discurrir necesariamente así: sube el voltaje, y la intensidad de la luz sube también, y «toda la santa imagen es bañada» por la nueva cantidad de luz que emiten los focos eléctricos; la iluminación, no sólo del tórax, sino de toda la efigie, recibe nuevo valor, en cuanto que, tanto a las partes claras como a las más oscuras, «se les adiciona la misma cantidad proporcional de luz»; esa adición no altera en nada el resultado del contraste entre las luces y el desvanecido de las sombras; luego si ese contraste antes del aumento de luz era insuficiente para darnos la sensación de movimiento, también sigue siéndolo después de la subida del voltaje. Otra cosa sería si las penumbras o

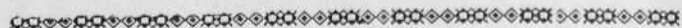




partes oscuras permaneciesen estacionarias o sufrieran alguna disminución en su tonalidad mientras subían en claridad los puntos blancos.

Pero, en fin, aun cuando sea manifiesto que la proporcionalidad entre las sombras y las luces en el caso de Limpias sea constantemente la misma, y por lo mismo que no cabe suponer el que las posibles variantes de luz den la sensación de movimiento, quiero suponer por el momento que esa simple modificación del valor cuantitativo del agente lumínico es causa suficiente para determinar en nosotros la ilusión del movimiento. Pues bien: en este supuesto tendríamos que admitir que los videntes verían moverse, no digo el tórax ni el torso de la imagen, sino toda ella. Razón: «porque la intensidad de la luz que recibe la bombilla proveniente del aumento del voltaje se proyectaría uniformemente sobre el Santo Cristo»; al subir el voltaje se nos acercaría, y al bajar el voltaje se nos alejaría; y como «ese acercarse y alejarse» por virtud de las oscilaciones eléctricas se «sucederían con la frecuencia y celeridad de la respiración», lo que debiéramos ver, no son las ansiedades y congojas del moribundo que anhelante respira, sino una especie de danza ejecutada por el Cruzifijo. Más todavía: en el supuesto que graciosamente venimos concediendo se encierra la más radical imposibilidad de apreciar ningún movimiento. Razón: sube el voltaje, y por esa subida se ilumina más intensamente no sólo la cara, los brazos, el pecho, todo el cuerpo del Salvador agonizante, sino que se ilumina la cruz de que pende, las imágenes de San Juan y de la Santísima Virgen, y, lo que es más, todo el camarín; y como todo se ilumina





simultáneamente, todo se nos acercaría simultánea y acompasadamente según el ritmo de la oscilación eléctrica, como también se nos alejaría al bajar el voltaje; y como todo se aleja y acerca al mismo tiempo, nosotros careceríamos de punto de comparación, y, al no poder establecer la comparación espacial, no veríamos movimiento alguno, y sí fatigoso e inexplicable malestar. Y por si esto fuera poco, añadiríamos que si ese movimiento, efecto del cambio de voltaje, se notó en la Virgen, todo el que lo ve en el Cristo, lo debe observar en la Virgen; y, con todo, ellos confiesan que no lo vieron en ésta, y sí en aquél. Por lo menos si dos lo ven al mismo tiempo, los dos deben dejar de verlo a la vez, y se ha dado el caso de continuar viéndolo unos, mientras otros habían cesado de verlo. Empeñarse en sostener lo contrario, es querer sostener lo imposible.

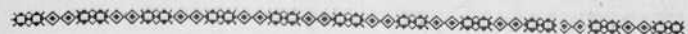
Artículo 6.º

Las consecuencias a que lógicamente nos conduciría la desechada teoría del sombreado.

De ser cierto lo que se nos dice, se sigue que las manifestaciones lumpienses han de ser perennes, al menos mientras haya luz eléctrica y no se varíen las condiciones en que está colocado el Cristo, y las han de ver siempre que quieran cuantos las hayan visto: las leyes físicas tienen normas fijas, y, puestas las causas, en las mismas condiciones se han de seguir los mismos efectos.

Dondequiera y sobre cualquier objeto que se proyecte esa alternativa de luz, se deben producir los mis-





mos efectos, y como no es así, se sigue que no debe admitirse la alternativa lumínica como causa de su manifestación.

Si fuera cierto que la luz es la causa eficiente de los movimientos respiratorios del Cristo, se seguiría forzosamente que cuantas veces se manifestasen, se debían ver por todos, y si no por todos, al menos por los que se sabe tienen dispuestos los órganos para apreciar tan delicados fenómenos; y sabemos de muchas personas que no los han visto y de otras que tan solo una, dos o tres veces, y aunque hayan ido mil veces nada han vuelto a ver. ¿Por qué no han de ver siempre los que una vez han visto?

Hay quienes con persistencia y tenacidad porfían en que lo de Limpias son simples diabluras del arte de las maravillas. Sus teorías, ni originales ni ingeniosas, dejan vacío el espíritu del lector reflexivo, al que se trata de alucinar deslumbrándole con pomposos y rimbombantes títulos académicos: Catedráticos de Teología, Profesor de Ciencias Físicas y Naturales, Maestro de Filosofía, Derecho e Historia Eclesiástica, etcétera, y otros por el estilo con los que sin duda intentan adquirir crédito y ascendiente sobre todos aquellos que quieran dejarse imponer opiniones ajenas.

Si para llevar al ánimo el convencimiento de alguna teoría, o para comunicar fuerza al discurso, fuera suficiente plantar al pie de su firma los títulos oficiales, también pudiéramos adornar nuestro pensamiento con ese plumaje de pavo real; pero como estamos persuadidos de que no dan ciencia y de que, si la suponen, muchas veces no existe, aunque reiteradamente se nos ha estimulado a que hiciésemos gala de esa





vanidad científica, preferimos exponer nuestras razones con la única garantía que quiera prestarles la lógica: las razones tanto valen cuanto sea el valor intrínseco que en sí encierren, y nada más.





CAPITULO IX

Blanco y negro.

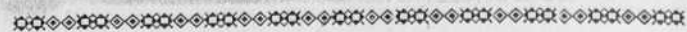
Artículo 1.º

Falsa interpretación de cómo el Cristo cierra los ojos.

Aquí hablaremos de lo que se nos dice respecto a los «movimientos de los ojos» del Santísimo Cristo de la Agonía venerado en Limpias: que si raro y curioso es lo que se ha escrito de los movimientos respiratorios del mismo Cristo, no lo es menos cuanto se ha impreso tocante a este particular.

a) Proposición de los que, sin negar los hechos lumpienses, tratan de darles una explicación psico-física.

«En el libro de testimonios»—dicen—se hacen afirmaciones categóricas, muchas precedidas de juramento, de que ven moverse los ojos del Santísimo Cristo». Todos los que así afirman y deponen su testimonio son, en su sentir, unos pobres ilusos, cuya cándida ignorancia fué sorprendida en el momento álgido de su fe y su piedad, o, al menos, de una monomanía engendrada por el «monoideismo» flotante en el ambiente de la actualidad lumpiense: ellos «creen» ver la respiración del Cristo, y el Cristo no respira; les parece que cambia de color, y en realidad no muda de colorido; juzgan que cierra los ojos, y no los cierra.



«Sus afirmaciones, frente a las de los demás, son como siguen:

«Parece» que el Cristo mueve los ojos, pero en realidad no los mueve; y esto sucede así por algo que tiene lugar (radica o tiene asiento) no en los videntes tan sólo, sino en la imagen». Esto lo afirman—dicen—como fruto de experiencias personales, y tratan de probarlo así:

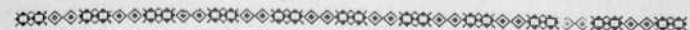
b) Su argumento de cómo y por qué parece que cierra los ojos sin cerrarlos.

«El blanco y el negro del globo del ojo aparecen yuxtapuestos y formando el mayor contraste que puede darse. En estos contrastes, el blanco presta al negro algo de lo que el negro no tiene, y «le aproxima al gris». El negro, por su parte, resta al blanco algo de lo que éste tiene, y «le atrae» al término medio del blanco y el negro, que es el gris.—Este gris empaña al globo del ojo», y le empaña en el momento en que «por la fijeza de la mirada» la fatiga hace variar el estado del éter retínico y de la luz intrarretínica. Una vez empañado el globo del ojo de la escultura por medio del contraste «del blanco y del negro», aparece el ojo del color de los pómulos, de los párpados, y de la cara. El ojo se ha cerrado sin cerrarse» en virtud del contraste del blanco y del negro del globo del ojo. Así cierra los ojos el Cristo, ahora vais a ver, según ellos, cómo y por qué parece que los abre.

c) Su explicación de cómo y por qué parece que los abre sin abrirlos.

Si la fatiga producida por atención (fatiga que es a





veces casi instantánea por la poca virtualidad del órgano) hace variar el estado del éter retínico y de la luz retínica, el pestañeo alivia la fatiga, y, por ese alivio, al pestañeo sigue un momento de percepción clara, y «se vé el Cristo», con los ojos abiertos: abrió los ojos. Más breve: «si miráis atentamente», sobreviene fatiga, se borran las imágenes: el Cristo cerró los ojos. Cerramos los ojos y luego miramos al Cristo, y veréis que los tiene abiertos, y así sucesivamente.

Artículo 2.º

Nuestra contestación a las razones aducidas por los de blanco y negro.

El argumento es muy mono, muy lindo, y muy cuco; pero al mismo tiempo es tan vano y tan falto de solidez, que al más ligero análisis se esfuma y desaparece de nuestra vista toda su gigantesca y aparatosa grandeza.



Primer reparo: nada prueba quien prueba demasiado.

En primer lugar tenemos que decir de ese modo de discurrir lo que suele afirmarse con toda verdad de todo género de demostración que nada prueba por querer probar demasiado: «quod nimis probat nihil probat». Y esto es cabalmente lo que les ha sucedido a los paladines de la causalidad natural y física de los sucesos lumpienses. Ellos, a fuerza de devanarse los sesos, consiguieron urdir un argumento con el que, sin cambiar tildes ni señales, podremos demostrar que a todos los Cristos, a todas las imágenes o estatuas, y a todas las personas, debiéramos ver mover los ojos sin

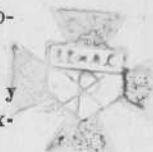


que en realidad los muevan. Por ejemplo: en la parroquia de Nuestra Señora de los Angeles, de Cuatro Caminos (Madrid), sabemos que se entronizó una preciosa imagen de Jesús Agonizante, copia, sino acabada, muy perfecta del Cristo de Limpias. De ella no podemos decir que sea idéntica a la de la famosa villa, pero si nos es dado aplicarle en su totalidad y con toda su fuerza el argumento con que se pretende explicarnos el por qué mueve los ojos aquélla. Discurramos serena e imparcialmente: «el blanco y el negro del globo del ojo», al igual que en el Cristo de Limpias, «aparecen juxtapuestos y forman el mayor contraste simultáneo que puede darse»: aquí lo mismo que allí «el negro resta al blanco algo de lo que el blanco tiene y le atrae al punto medio del blanco y el negro, que es el tono gris; y el blanco presta al negro algo que el negro no tiene, y le aproxima al gris». Así es como el globo del ojo del Cristo de Nuestra Señora de los Angeles se vería empañado por el color gris..., y una vez empañado el ojo, éste necesariamente aparecerá del color de los pómulos y de los párpados, del color de la cara..., y por eso forzosamente han de aparecer cerrados los ojos. ¿Que esto no convence? Pues, amigo mío, tampoco concluye en el caso de Limpias: nosotros no lo desfiguramos ni le quitamos fuerza demostrativa, ya que nos limitamos a darle la interpretación más obvia y la más naturalísima aplicación que puede darse del mismo. Lo mismo que para discurrir sustituimos el Cristo de Limpias por el de la parroquia de Cuatro Caminos, lo pudimos haber sustituido por otra escultura cualquiera o por una persona humana, que bien pudiera ser la del autor que se le ocurrió formar



tan peregrino argumento, a quien seguramente si le miramos de hito en hito le veremos abrir y cerrar los ojos, sin que en realidad tal haga, y todo por el fuerte contraste que forman el negro y el blanco del ojo. ¿Que nuestra razón no vale? Pues allá cuidados, y échese la culpa a quien para matar el entusiasmo por lo de Limpias se lanzó a la prensa luciendo sus conocimientos de física.

Segundo reparo: Oposición irreductible entre la realidad y la teoría, o sea: incompatibilidad de la realidad en la explicación que criticamos.



Hemos estado en Limpias donde encontramos los ánimos en la misma actitud en que los dejamos respecto a los hechos allí verificados. Ingenuamente confesamos ser más útil montar sobre una caña y con ella jugar a los caballitos imitando a los chiquillos, que detenerse a responder a un argumento valadí, tan sin peso y sin valor, y que tan aparatosamente y con suma ligereza se imprimió para explicar el movimiento de los ojo observado en el Santísimo Cristo de Limpias.

Ya dejamos consignado que el argumento con que se pretende desvirtuar lo de Limpias, es tan vago, tan incoloro y tan general, que fácilmente se puede acomodar de todo en todo a cualquier imagen, estatua o persona. A lo dicho añadiremos en este lugar que hasta el presente han resultado estériles todos los esfuerzos realizados para aventar las dificultades que se agolpan a nuestra consideración y atascan el curso de la verdad, cuando, para explicar esos acontecimientos acudimos a la fuerza de la naturaleza física.



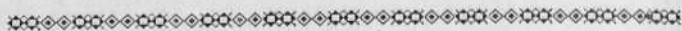


Y en primer lugar tenemos que, si el contraste del blanco y el negro son los poderosos agentes naturales que provocan el cierre de los ojos del Cristo, «lo deberían ver siempre», no diré que todos los visitantes del sagrado templo, pero sí «todos aquellos que consiguieron alguna vez adaptar su vista al medio ambiente». La razón es porque puestas las mismas causas necesariamente se siguen los mismos efectos. No preguntaré, no, por qué no lo ven «todos, sino por qué no lo vuelven a ver todos los que una vez lo vieron». Y esto que, según todas las leyes físicas, fisiológicas, psíquicas y patológicas, debiera acontecer, no acontece; y la inmensa mayoría, por no decir la totalidad de los que vieron una vez nada volvieron a observar. Misterios son estos completamente indescifrables si en su explicación nos hemos de atener a los principios y leyes físicas que se proclaman, y de los que, por otra parte, voluntariamente se aparta la consideración a trueque de salir con lo que se pretende.

Si fuera cierto que el contraste del blanco y el negro fuese lo suficientemente artificioso para fatigar la vista, causar la ofuscación fisiológica fundiendo o sobreponiendo las sensaciones, tendríamos que, siguiendo las leyes fisiológicas y psíquicas que regulan las operaciones normales y anormales del alma, mientras más el siniestrado se fije, más se fatigará, porque su sistema nervioso trabajará más; y de ahí que el fenómeno se debiera presentar con más vigor y más rápidamente al final de la visión que en sus comienzos; y no debiera cesar sino que debiera continuar mientras se sostenga la atención y se le mire de hito en hito.



Por lo menos eso es lo que pasa con esos cuadros diestramente delineados, y que pudiéramos llamar vivos o animados, en los cuales el movimiento se nota con tanta más precisión cuanto mayor sea la fijeza de la mirada y más pronunciada sea la fatiga ocular proveniente de la misma. En estos cuadros, la visión se realiza indefectiblemente siempre que alguien, suficientemente fatigado y convenientemente reconcentrado o ensimismado, los contempla de fijo: sin duda que, meditando sobre estos fenómenos ópticos, se creyeron algunos, cuyos errores glosamos, haber encontrado el secreto de los misterios de Limpias, y, sin encomendarse a nadie, algo irreflexivos y con no pequeña dosis de atolondramiento, nos espetan en difusos artículos la teoría, que de puro sabida ya tenemos olvidada, sobre los mencionados cuadros, y sin detenerse a esclarecer su fundamento, se la plantan, como mágico antifaz, a la imagen de Jesús agonizante, y nos dicen: ahí tenéis lo que es ese Cristo; si en él se notan cosas raras y desacostumbradas es gracia que se debe agradecer al diestro pintor, que tan hábilmente supo contrastar los colores blanco y negro del ojo. Y no se dan cuenta de que para tener derecho a brindarnos con tal galana afirmación es de toda necesidad señalar muy claro las circunstancias favorables y desfavorables en que puede y debe apreciarse el parpadeo efecto del contraste de los colores. A más de esto, bueno será notar que en las obras de arte en que se dan esas ilusiones ópticas, a la visión ilusoria precede el período de incubación o preparación más o menos largo, así como también sucede que el fenómeno, una vez observado por una perso-



na, irremisiblemente y con espontaneidad creciente se manifiesta de continuo a todos los que una vez lo vieron. Y en lo de Limpias se puede decir, como ley general, que no sucede así: yo sé de muchos videntes, y entre otros, puedo citar a D. Eustaquio de Eztenaga, Abogado y ex Diputado, Ribera, 4, Bilbao, que vieron sin período de preparación y que después de ver la primera vez no volvieron a ver, no obstante que, repetidas veces, se pasaron en el templo horas muertas, desojándose por ver si de nuevo a su vista se ofrecía la visión: no creo que haya mudado su constitución anatómica, ni su fisiología en tan corto intervalo de tiempo. Otros, por el contrario, vieron al cabo de algunos meses. Decir que el ver unas veces sí y otras no es debido a mudanzas individuales o a estados peculiares del éter intrarretínico, es convinar y jugar caprichosamente con todos los principios fundamentales de conocimiento sano, es poner los entorchados de honor y ungir con el óleo de la verdad los malsanos principios del escepticismo: seríamos juguetes de las trastadas del endiablado sistema nervioso, y del taimado éter intrarretínico, que tan sigilosa y hábilmente socaba los principios de nuestros conocimientos, suplanta nuestra fe en la veracidad de las sensaciones que cambia, adúltera, desfigura y muda al pasar por su tamis, sin que nos demos cuenta, privándonos de los recursos o criterios, normas, reglas, síntomas, señales o manifestaciones de que disponemos para llegar a conocer que hemos sido víctima de un principio morboso, que, oculto entre las mallas de la rez nerviosa, atisba de



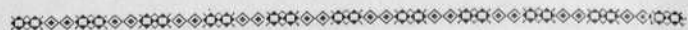
continuo y trata de sorprendernos con sus tenebrosos manejos.

¿Que hay reglas para conocer cuándo se pueden y deben tener las visiones como efecto de algún desvío o desequilibrio étereo o nervioso?, pues yo ruego que se hagan constar esas reglas para evitar equivocaciones y lamentables extravíos en la opinión.

Tercer reparo: Serían más continuos y rápidos los movimientos de los ojos del Cristo.

Además, si la fatiga se alivia con el sólo parpadeo involuntario, y si ese alivio es suficiente para que la visión normal se restablezca y se vean los objetos en su estado natural, a cada pestañeo se debía seguir un abrir el Cristo los ojos, y si eso fuera, lo que se debería observar por los videntes, sería un continuo abrir y cerrar de ojos tan rápido como rápido es el pestañeo de nuestra vista; y como ese acto fisiológico, hasta cierto límite cae bajo el dominio de la voluntad, que lo puede imperar acelerándolo o retardándolo, se sigue que los videntes podrían cambiar el ritmo del pestañeo y obligar a que el Cristo abriese sus ojos con más o menos lentitud, y siempre que quisiesen. Serían rápidos, sus movimientos, tan rápidos como lo es el pestañeo: no serían majestuosos, serenos, reposados y llenos de gravedad; no les movería si no que pestañearía.

Y nosotros tenemos escrito, porque esa es la verdad, que en modo alguno puede decirse que pestañea, sino que los mueve, entornándolos a un lado y a otro, girando el globo del ojo en su órbita, sin cerrarlos, los vuelve hacia arriba, o bien los pone en actitud de mirar de frente.



Cuarto reparo: Discurren fuera de la realidad histórica del caso.

Ellos se ciñen al acto de la agonía en que cierra los ojos, y dejan a un lado la verdadera cuestión: «extra quaestionem vagantur, o como otros dirían, bene currunt ser estra viam. Que no se trata de explicar cómo cierra si no de cómo puede ofrecerse la visión de la rotación completa del globo del ojo dentro de la órbita, enfocando su pupila a los diversos puntos del templo del modo que nosotros miramos en la dirección de las cuatro dimensiones del espacio, sin mover ni cambiar la posición de la cabeza, y, lo que es más, cómo esa mirada va acompañada de gesto duro o suave.

Por todo lo que dejamos dicho, se podrá comprender que el argumento fundado en el contraste del blanco y negro del ojo es un argumento manco y flojo, y que sus autores ya pueden consagrarse a urdir nuevos razonamientos para convencernos de lo que tanto interés tienen en persuadirnos.





CAPITULO X

Discromatopsia o daltonismo.



Artículo 1.º

Dificultades que debían resolver los partidarios de la ceguera ciecienta, y que no resuelven:

En los capítulos anteriores dejamos anotado cómo algunos «explicaban sin explicar» el cómo el Cristo «cerraba los ojos sin cerrarlos». Ahora vamos a entretenerlos en anotar lo que en su explicación han querido decir y no han dicho.

Para ellos el hecho es de orden puramente natural y el que todos no lo vean, no obstante ser real y objetivo, es porque en su percepción juega un papel muy importante la discromatopsia o daltonismo: «no todos lo ven», dicen, «porque el centro gris resultante del contraste simultáneo» entre el negro y el blanco del ojo para muchos es objeto de «acromatopsia»: no lo ven por ser acromatopos. «La acromatopsia», cuando las sensaciones visuales son monocromáticas, o sea, cuando la luz que impresiona la vista es de un solo color, «es tan rara que no llega al uno por mil», pero cuando se termina a los colores tenues y suaves, como en el caso de Limpias, se da en el «noventa por ciento».





Esto es lo que serenamente afirman, y con lo que, a fin de cuentas, y después de muchas vueltas y revueltas, lo único que consiguen es cogerse los dedos con la puerta y enredarse en las hilachas de sus propios discursos.

Artículo 2.º

Nuestra doctrina aclaratoria sobre la naturaleza de la causa que se nos señala como principio de la no visión.

Ahora, respetando ajenos pareceres, vamos a exponer el nuestro, para que nuestros lectores, después de ver lo que otros piensan y lo que nosotros pensamos, se queden con lo que mejor les parezca.

Se nos dice que la no visión es debida a una especie de histerismo de visión, conocido con el nombre de daltonismo o acromatopsia. La afección del órgano de visión que ocasiona los trastornos del buen funcionamiento fisiológico del órgano, incapacitando a éste para la percepción clara y definida de los colores fundamentales—rojo, verde y violeta—tiene diferentes aspectos y denominaciones. A la imposibilidad que ciertos individuos tienen para apreciar los colores se le da nombre de «acromatopsia total»: los que la padecen, no distinguen colores, solo diferencian los claros y los oscuros, la mayor o menor iluminación. Si sólo pueden apreciar uno de los colores fundamentales, la «acromatopsia» se dice que «es especial»; si el color perceptible es el rojo, recibe la denominación especial de «daltonismo», y si el color apreciable por la vista enferma es el azul, la acromatopsia tiene el calificativo característico de «acinoblepsia», y así res-





pectivamente, según sea el color que la vista pueda distinguir. Cuando algún individuo sólo percibe «algo» todos los colores fundamentales, no distinguiéndolos perfectamente sino cuando son muy vivos, la anomalía de su vista llámase «discromatopsia». En el uso corriente y vulgar se emplean indistintamente y hasta se toman como sinónimas las palabras «acromatopsia, daltonismo y discromatopsia».

La explicación que suele darse de la dolencia que afecta el órgano visual de todo acromatopo, es muy sencilla: se supone que en la retina existen tres elementos, bien diferenciados, y cuyo oficio no es otro que recoger y transmitir las sensaciones de los respectivos colores fundamentales. Cada elemento sólo responde y reacciona a la impresión de su color propio, permaneciendo estacionado e insensible en presencia de cualquier otra impresión, sobre la cual, si alguna acción ejerce, es para presentárnosla como si fuera provocada por su color. Si sólo es impresionado un elemento, se percibirá un solo color; si se excitan dos, se percibirá el color de la combinación binaria; y si se impresionan los tres a la vez, recibiremos la sensación de la luz blanca. Ahora bien: si un ojo no percibe el rojo, es porque el elemento correspondiente a este color no funciona bien; pero como el color rojo impresiona al mismo tiempo al elemento de color verde, este elemento las recibe como propias y las transmite como si en realidad fuesen impresiones del verde. Lo mismo se dice de los otros elementos retínicos propios de los demás colores, los cuales, si bien es cierto que no reaccionan exclusivamente al recoger su ondulación, también es un dogma que, al recibir la





impresión de un color destinado a ser apreciado por otro elemento, la transforman asimilándosela y haciéndola propia, para presentarla, no como es fuera, sino como se la ha elaborado: sucede lo mismo que pasa con las impresiones mecánicas que de algún modo afectan a la vista, las cuales se representan como luminosas, si son lo suficientemente intensas.

Tal es, según los datos que actualmente nos suministra la ciencia, tal es, vuelvo a repetir, la naturaleza anatómico-fisiológica de lo que sin reparo pudiéramos llamar «ceguera de los colores».

Las causas que pueden determinarla son muy variadas, debiéndose anotar, entre otras, las intoxicaciones, sea alcohólica o nicotínica, el histerismo o trastorno nervioso. Como causas secundarias se señalan la fatiga o cansancio visual, excesivo trabajo nocturno, la alimentación deficiente, los grandes trastornos en la función de nutrición y las enfermedades infecciosas.

Este defecto de la vista puede ser congénito o adquirido, y tiene su asiento bien sea en la retina, bien sea en el nervio óptico, o bien en los centros corticales de visión: no se sabe a punto fijo.

Lo que sí se sabe es que tiene sus síntomas propios, que se puede diagnosticar y que si ordinariamente su pronóstico es desfavorable, suele desaparecer por tratamiento terapéutico, reconociéndose como muy del caso las corrientes eléctricas, los purgantes, la antipirina y las inyecciones de estricnina: cuando la ocratompsia o ceguera visual cromática es histérica, se recomienda la sugestión como único medio eficaz curativo.

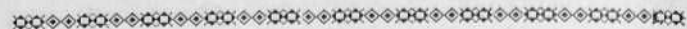


Artículo 3.º

Dificultades que debían resolver los partidarios de la ceguera expuesta, y que no resuelven.

Para juzgar con acierto en la aplicación de doctrinas generales a el caso particular que estudiamos, uno de los datos que se debe tener muy en cuenta es que este defecto de la vista «no se presenta de repente ni desaparece de un soplo»: todo sucede paulatinamente y por grados. Y también será bueno no olvidarse que su frecuencia es mayor en los hombres que en las mujeres, siendo su número aproximado el «dos por ciento»; el articulista, cuya labor comentamos, dice, según dejamos anotado, que «los ciegos» para el gris formado por el contraste simultáneo del blanco y el negro alcanza la respetable suma de «noventa y nueve por ciento». No queremos regatear con él, ni variarle el cálculo de su proporción; sólo pretendemos exponerle las siguientes dificultades.

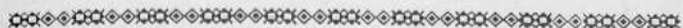
Quién le ha dicho o de dónde saca la consecuencia de que todos los visitantes del Santísimo Cristo que no ven son acromatopsos o ciegos para el centro gris formado por el contraste de los colores que tiene el ojo? 2.º Y si es que en realidad son ciegos para el centro gris, ¿por qué no son ciegos para todos los tonos grises? 3.º ¿Y los que han visto una, dos o más veces, por qué son acromatopsos en unas visitas y en otras no? 4.º ¿Por qué no son ciegos durante unas horas, o minutos, y luego se hacen ciegos por todo el resto del día, y durante todo el tiempo de ulteriores visitas? No es verdad que estas y otras preguntas, por el es-



tilo, no tienen respuesta en la teoría que se nos pretende imponer? Yo por lo menos así lo entiendo.

La acromatopsia gris o ceguera cenicienta, lo mismo que cualquiera otra, no es una afección de la vista que se presenta y desaparece locamente, sino que paulatinamente toma asiento y echa raíces en el órgano complicadísimo de la visión del que no se arranca ni destierra sino es con el tiempo y mediante la aplicación de los remedios físicos señalados como eficaces para el caso por la ciencia médica. Y, cosa rara, en la ceguera cenicienta o gris, que se dice sufren todos los que nada ven de extraordinario en el Santísimo Cristo, sucede todo lo contrario: se presenta como por encanto al entrar en aquel templo, sólo surte sus efectos para el «gris del contraste», y, en muchos, se presenta de sopetón y desaparece de golpe, sin que en ello influya medicamento alguno. ¿Y qué quieren que yo diga? una acromatopsia tan extraordinaria, que se desenvuelve fuera de todas las leyes patológicas que le son propias, se me hace muy sospechosa. También me recelo que sea patraña eso de la acromatopsia, porque me parece violentar demasiado las cosas afirmando que únicamente produce su efecto cuando se trata de apreciar el gris resultante del contraste del blanco y del negro. Creo firmísimamente que semejante acromatopsia no se registra en ningún léxico, y por lo mismo repito como una escapatoria brillante eso de la acromatopsia del punto gris para los no videntes. El ojo que es acromatopo para el gris de un punto, lo es para todos los tonos grises, en cualquier sitio que ellos estén; y si no lo es para todos, tampoco lo es para uno: no se

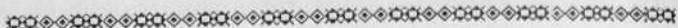




puede sostener que un ojo pueda distinguir con perfección y a las mil maravillas un color, sea el gris o el que sea, respecto al cual pocos momentos antes resultaba totalmente inepto. Todo esto fuera de que hay procedimientos perfectamente definidos para determinar si los no videntes tienen o no ese defecto de visión.

En vista de estas y otras consideraciones que omito, termino diciendo que en lo de Limpias no hay por qué hablar de daltonismo o acromatopsia, ya que ningún papel puede desempeñar en este caso particular.





CAPITULO XI

El mono-ideismo en acción.

Saben nuestros lectores que en el artículo anterior hablábamos del argumento que se pretendía formar con la teoría doctrinal de la «ceguera monocromática», vulgarmente conocida con el nombre de acromatopsia o daltonismo: tal vez en ulteriores capítulos nos ocupemos algo más de tan singular defecto de visión.

Por ahora sólo nos proponemos concretar nuestro pensamiento al estudio de otro muy lindo modo de discurrir, y que toma por base o fundamento el tan decantado poder desfigurativo del «mono-ideismo».

Artículo 1.º

Definición del mono-ideismo y sinonimia.

Este neologismo de última invención, tan hábilmente explotado para poner confusión y equívocos donde sólo debiera reinar claridad y precisión de vocablos y de pensamientos, expresa el «estado del alma en que una idea absorbe toda la atención y cautiva toda la consideración del espíritu, concentrándola sobre la contemplación de un solo objeto o sobre una



idea única»: es un estado de ánimo muy afín con el que tiene quien padece una «monomanía» cualquiera. El individuo, cuyo campo de conciencia esté dominado u ocupado por «una idea» fija (modo-ideísmo) en lenguaje castizo y corriente suele llamársele monomaniaco, maniaca o maniático, y si ese estado tiene alternativas o intermitencias, presentándose en períodos o intervalos más o menos largos, recibe la denominación típica de «lunático».

Si la idea o creencia obsesionante tiene origen morboso, el «estado anormal de intelectualidad» en que se encuentra el paciente recibe el nombre científico de «noso-manía o manía morbosa». Con ese vocablo se expresan no sólo las diversas entidades nosológicas que pueden afectar a la mentalidad humana, sino que también implica las diversas afecciones mentales, cuya clasificación es sobremanera difusa e impropia de este lugar; por lo que gustosos la omitimos.

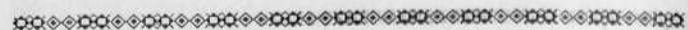
Contentos con apuntar a la ligera el grado íntimo y cercano de parentesco reinante entre el «mono-ideísmo y la «mono-manía», cuya sinonimia es clara y manifiesta, pasamos a exponer brevemente cuál sea el poder que la idea tiene para «transformar, desfigurar y glorificar» los hechos.

Artículo 2.º

El poder desfigurante del monoideísmo.

Sobre este particular he visto escrito un «colosal artículo», que tengo leído y releído mil veces, en el que, según atinadas observaciones gratuitas, brillan aparatosamente un cúmulo de «vanidades ridículas y de blasfemas peticiones».





En el aludido escrito, redactado con el manifiesto espíritu de presentar los sucesos lumpienses como consecuencia natural y legítima de la disposición de ánimos y de colores, entre otras cosas se dice lo que sigue: «Con frecuencia» ocurre que la percepción de la imagen está constituida por dos elementos: los excitantes que en el acto de la visión hacen percusión en los ojos, y los excitantes que en otras ocasiones hirieron al mismo sentido de la vista, y que ahora son reproducidos y asociados a los que hacen percusión en el momento, formando los unos y los otros, no un montón de cosas sin cohesión, sino un dibujo en que las partes están armonizadas».

La explicación de esa fusión de los dos excitantes—lo que impresionó con lo que se ve—se debe buscar en cierto y determinado desvío o «inclinación de las neuromas», desvío o inclinación que originariamente fué causado por las imágenes preadquiridas en anteriores sensaciones, las que ahora inconsciente e involuntariamente asociamos al objeto contemplado en el momento.

Para que esa desviación, inclinación o «hábito impreso en las neuromas» por las sensaciones pasadas, sea capaz de obrar activamente sobre el órgano de visión, repercutiendo sobre el mismo, y cause el mismo «efecto» que se produjo en la inmutación primordial de la vista, «es necesario y basta» que algún estimulante ejerza alguna «reacción motriz»: la mejor reacción, el mejor despertador de las ideas-imágenes preadquiridas, es, dicen, «el mono-ideísmo», esto es «la ocupación del campo de la conciencia por una



idea fija, intensa y arrolladora, que obre como excitante anterior».

El remedio único de que disponemos para impedir que la imagen evocada no sea tenida por una realidad existente, sería necesario un reductor, una especie de centinela o despertador que nos grite y diga al oído: detente, reflexiona y medita sobre la incompatibilidad que hay entre tu idea y lo presente, fíjate en el antagonismo irreductible que hay entre lo pasado y lo presente. Para que esto pueda acontecer es de toda necesidad que la conciencia esté completamente libre de toda preocupación, cosa que no sucede en muchos videntes, cuya conciencia, según afirman algunos articulistas, está absorbida por el «monoideísmo» del Cristo vidente. Este monoideísmo engendrado por la narración, la lectura y la propia expectación, no deja lugar a otra idea que pudiera servir de reductor o de motivo para que el vidente recapacite y piense sobre lo que está viendo.

Artículo 3.º

Desacertada aplicación del monoideísmo al caso de Limpias.

Tales son los principios ruinosos en que se apoyan para venir al siguiente discurso deletéreo sobre los sucesos de Limpias: «Aplicando en síntesis, dicen, la doctrina expuesta al caso que queremos explicar, tenemos: que la percusión en nuestra vista de un ojo en movimiento formó imágenes de un ojo también en movimiento, y esas imágenes las asociamos a un objeto presente (el Crucifijo) y contemplando, que no los mueve. El sujeto vidente forma una síntesis



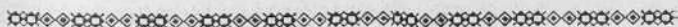
el alma de modo oculto y misterioso; pasado algún tiempo desde la formación de la imagen, me voy a Limpias, y sucede que en el momento crítico de posar mi curiosa mirada sobre el rostro del crucifijo, la imagen de los ojos en movimiento reacciona sobre la fantasía, inmuta las neuronas, evoca el recuerdo de la imagen pasada, la que, por presentarse en armónico revóltijo con la que actualmente se recibe de la efigie, se ofrece a la vista fresca y lozana como si en ella se pintara del momento; el atolondramiento e irreflexión hacen que al ver juntas en la unidad de tiempo esas dos imágenes que, atendido su origen, tanto distan cronológicamente, hacen que nos las figuremos íntimamente ligadas y como brotando simultáneamente del objeto que tenemos delante, y del que sólo partes los agentes determinantes de una de ellas.

Artículo 5.º

Casos en que pudiera ser verdadero el discurso expuesto.

Esto dicen, sin especificar ni aclarar lo que no debieran dejar en enigma y misterio, y por eso yo añado—: semejante afirmación no puede hacerse sino es de las ideas llamadas ficticias y de las que nos formamos de los objetos vistos en penumbra y obscuridad, así como de las que nos formamos en los sueños, las ideas que originan y definen los diversos estados noso-maniáticos.

Esta «mezcla de lo que actualmente impresiona con lo que ya impresionó»—fusión de imágenes presentes con las preadquiridas—«sólo puede echarse de ver en



las figuras de aspecto variable o reversible», que, miradas de una manera, nos ofrecen una imagen, y, miradas de otro modo nos presentan otra muy distinta, como sucede con todas las de umbrología, las vistas medio esfumadas en las sombras indecisas de la noche, y en todas las ilusiones, etc.

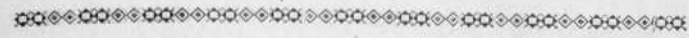
Nunca semejante doctrina es aplicable a la imagen que nos formamos de los objetos vistos clara y distintamente con toda precisión. Otra cosa sería, o de otra manera hablaríamos, si se tratase de los juicios y raciocinios.

Artículo 6º

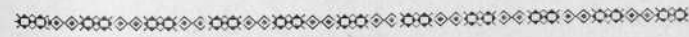
Graves inconvenientes que tiene y fatales consecuencias a que conduce ese modo de discurrir.

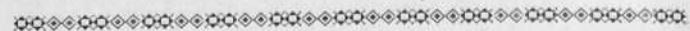
El argumento que a primera vista se nos ofrece muy pomposo y deslumbrador, carece hasta del mérito de la originalidad; pues, en mi humilde pensar, es sencillamente un ridículo plagio de la teoría de la desfiguración y glorificación de los hechos naturales, ideada por los modernistas, aplicada por éstos a los Hechos Evangélicos, y por nuestros contradictores acomodada malamente a los acontecimientos lumienses. Tanto para unos como para otros, la materialidad, el cuerpo de nuestros conocimientos viene de una impresión actual; el alma, la modalidad, la sustancialidad de esos mismos conocimientos traen su origen de la «idea glorificante, desfigurante», o como nos plazca llamarla, la cual es siempre la que precede en tiempo a la que le sigue.

Tan fatal y cruda teoría abre franca puerta a las



más funestas, ridículas, brutales y absurdas deducciones; porque no cabe la menor duda que si en ideogenia seguimos a pies juntos el sistema de las mezclas idealísticas, forzosamente marchamos de cabeza al más desesperante de los escepticismos que hasta el presente se han elocubrado. La razón es porque, si fuera cierto que la percepción de las imágenes se verifica tal como ellos dicen, la realidad de la cosa siempre sería para nosotros un misterio oculto, y no conoceríamos más que ilusiones, fantasmas, quimeras, una especie de baturrilo formado por la «mezcla de lo que actualmente impresiona con lo que ya impresionó». ¿Quién puede dudar que la teoría de la «fusión de imágenes presentes» con las «preexistentes», tal como se nos ofrece se puede aplicar con la mayor naturalidad a las cosas más corrientes de la vida?; y, hecha esa adaptación, ¿no es cierto que nosotros «veríamos sin ver, oiríamos sin oír», y así de todo lo demás? Pongamos ejemplo: es indudable que, en presencia de un hombre que guiña, adquirimos la idea del guiño, y esa idea la asociaríamos inconscientemente a cualquier objeto que se nos presente, y de ahí que después de ver a un hombre guiñar, todos los que viésemos después los debiéramos ver con esa expresión de rostro; y si los vemos hablar será porque a su persona asociamos la idea preadquirida del hombre que habla; y si vemos un objeto negro, blanco, rojo, etc., es porque sin que sea tal, le asociamos la idea preadquirida de los colores respectivos. Más aún: si yo veo en el púlpito a un airoso y gallardo orador, y en ese momento se conmueven mis neuronas y despiertan en mí el mono-ideísmo de un ma-



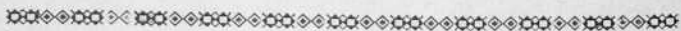


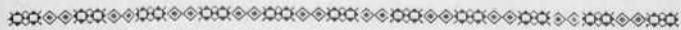
jestuoso pavo real, el pobre predicador, sin que lo fuera, «me parecería un gallardísimo pavo, que con majestad suprema despliega su magnífica y lucidísima cola. Y lo que se dice del pavo, se puede afirmar de otro objeto cualquiera. Y todo ¿por qué? Porque, según ellos, toda imagen está constituida por dos elementos, uno presente y otro «pasado».

Artículo 7.º

La teoría del monoideismo fué ideada para combatir los hechos claramente sobrenaturales.

Esta teoría la vemos utilizada por uno de los hombres más descreídos, el cual, interpretando la conversión de San Pablo, parece haber copiado a los escritores de los últimos momentos, si no les hubiera precedido. San Pablo, dice el autor aludido, había oído hablar de los portentos de Jesús, de su triunfante Resurrección y de su gloriosa Ascensión: en su pecho ardía el odio contra el que se decía Mesías, y, con el corazón lleno de saña contra los cristianos, marchaba a Jerusalén con «su conciencia ocupada por el monoideismo» (la idea de terminar con el nombre de Jesús); marchaba en medio de un sol abrasador; sus meninges cerebrales se reblandecen, se alteran; «las neuronas se desvían de su concatenación normal; San Pablo levanta sus ojos al cielo y «los pone en el sol rutilante»; la idea de Jesús es evocada y se agolpa sin pretenderlo, traída por el mono-ideísmo mesiánico y la desviación de las neuronas; esa «idea es asociada a la impresión del sol», y las dos, así unidas, forman un todo (una imagen del Mesías rodeado de





resplandores), y San Pablo «ve a Jesús sin verlo». Tal es la explicación ridícula dada a un hecho milagroso, sin apelar a otros procedimientos distintos de los discursos empleados por los que se empeñan en obscurecer y embrollar hechos clarísimos y diáfanos: en este raciocinio sólo se varió el objeto de aplicación.

Artículo 8.º

Admitida la teoría monoideísta, tendríamos que admitir conclusiones insostenibles ante la realidad empírica.

A más de estas consideraciones, las soluciones que se nos ofrecen como aceptables nos obligan a rechazarlas al pensar que si el mono-ideísmo, en que «se supone» envueltos a los videntes, fuere la causa determinante y avasalladora que incita a empujones y obliga a ver lo que no es, tendríamos que decir:

Primero. Que obraría más intensamente y obligaría a ver más claramente en la tercera y cuarta visita que en la primera.

Segundo. Que su fuerza alucinatoria sería mayor en el fin que en el principio de la visión, y por lo mismo que ésta necesariamente se debiera prolongar hasta que un agente externo provocara alguna reacción que obligara a salir del ensimismamiento.

Tercero. Que si la lectura y las referencias son capaces de engendrar y evocar la «idea desfigurante», es evidente que esa idea crecerá más lozana y pujante si se cultiva con los regalados goces de la visión real; y la EXPERIENCIA dice que en Limpias sucede todo lo contrario, esto aparte de que un gran número de videntes no fueran dominados por ningún



género de mono-ideísmo; otros fueron prevenidos con el mono-ideísmo antagónico, «y vieron»; y otros muchos que se presentaron verdaderamente obsesionados, «nada pudieron observar».

Artículo 9.º

La reversibilidad en el monoideísmo.

Dicen que eso de la mezcla de lo que actualmente impresiona con lo que ya impresionó... sólo puede echarse de ver «en las figuras variables y reversibles». Yo pudiera demostrarles que se presenta ese fenómeno en los estados anormales de la mente (manía, locura, etc., etc.), en los casos de fantasmagoría y umbrología, y frecuentemente cuando un objeto es visto de largo, medio a obscuras o en la penumbra. Lo que quisiera me dijese claramente, es si el Cristo de Limpias es un efigie variable o reversible»; porque si no lo es, no resulta aplicarle una teoría que no le corresponde; y si se empeñan en aplicársela nada más que «porque sí», nosotros se la podríamos aplicar a quien tal empeño tuviese. También desearía se me demostrase que el caso de Limpias está en las otras circunstancias apuntadas, y en las que puede engendrarse la ilusión.

Artículo 10.

Olvido o ignorancia de las reglas para conocer la ofuscación o sobrecolocación de ideas.

Eso de la sobrecolocación de las imágenes pasadas y presentes dicen que es efecto de algo que «con fre-

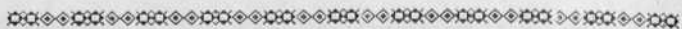
cuencia» sucede: si sólo con frecuencia acontece, señal es de que «no siempre acaece»; y si no siempre acaece, deben existir algunas notas para conocer «cómo» o de qué manera «podremos» darnos cuenta si esa ofuscación ocurre o no ocurre; porque si no ¿quién nos asegura ni certifica de que no somos víctimas del engaño? Esto que en la cuestión debatida es fundamentalísimo y trascendental se deja en tinieblas, por que es indudable que muchas veces interesa cerrar los ojos y omitir la solución de las cuestiones que pudieran ser barrera para nuestros planes.

Así es como, a fin de cuentas, vienen a decir que los videntes son unos pobres «ilusos», sorprendidos en su cándida ignorancia por las celadas que siempre arman a los incautos las enmarañadas redes que forman las neuronas de la retina. Por ahí debían comenzar francamente sus trabajos; pero dejémosles con sus caprichos, y vamos adelante con los nuestros.

Artículo II.

Lo que se ha pretendido decir.

Se ha pretendido que en Limpías nos encontramos frente a un inaudito caso de «glorificación» de un hecho vulgarísimo y natural; el escrito se lanzó a la publicidad con la marcada intención de poner en ridículo a los videntes acusándolos disimuladamente de mentecatos, «ilusos», alucinados, maniáticos o monoideístas; y como las razones que alegan no convencen, yo me quedo en mis trece; y como los sistemas doctrinales tienen gravísimos inconvenientes y se dan la mano con el de los modernistas, yo los detesto y



sigo con la mía, y me aferro a mi idea, y sigo creyendo que la parte contraria hasta ahora sólo ha conseguido evidenciar que «hace más mono-ideístas (maniacos) la vanidad científica... que la humilde devoción al Santísimo Cristo de Limpias».





CAPITULO XII



Combinación del monoideismo con blanco y negro.

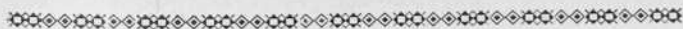
Artículo 1.º

El cambio de color en el Cristo y la explicación que de él nos da uno que vió sin ver.

Ya hemos visto cómo un «ciego» (acromotopo) «intermitente», que «vió» y «no vió», según él mismo se explica, los maravillosos sucesos de Limpias, trata de persuadirnos que el movimiento de los ojos es sencillísimo efecto de la acción combinada del monoideísmo y el contraste del blanco y el negro, secundadas estas dos concausas por una singularísima ceguera cromática inventada al efecto con leyes propias y singulares. Los movimientos respiratorios observados en el Cristo quiere que sean efecto de las oscilaciones eléctricas; y «el cambio de color» apreciado en el Cristo asegura que es efecto de las alternativas del voltaje en las lámparas.

Veamos cómo con tesón de turco o aragonés, y, mediante un supremo esfuerzo de agudeza intelectual, digno de mejor causa, forcejea por salir con la suya y explicarnos naturalísimamente «cómo el Cristo cambia de color» sin que en realidad lo mude.

Esta manifestación del cambio de color es de las



menos salientes y llamativas; pero no por eso nos consideramos dispensados de consignar fielmente lo que sobre ese fenómeno han dicho los que, según nuestro humilde pensar, no atinaron con el secreto del mismo.

No esperen nuestros lectores nuevos principios científicos en que apoyarse para discurrir, ni acaricien la idea de que hemos de recrear su mente con explicaciones geniales, raras y peregrinas: como los protagonistas de la contienda, al estudiar esta cuestión, se limitan a mencionar los principios y las razones tan aparatosamente manejadas en las anteriores cuestiones del movimiento de los ojos y el tórax, nosotros haremos lo propio. Variaremos los términos al par que repetimos las razones. Para eso las idearon tan plásticas.

Artículo 2.º

Falsa explicación del cambio de color en el Crucifijo.

Dicen así: «el que la imagen cambie de color» no es ningún prodigio; «es un hecho natural» que se realiza en el objeto. Su origen es tan natural como naturales son el cambio del voltaje de una lámpara o el de «intensidad luminosa de unos cirios...»

Esta es su afirmación escueta; veamos cómo la demuestran. Para comprender bien nuestro pensamiento, insinúan ellos, y darse perfecta cuenta de que el fenómeno observado es natural, hay que tener muy en cuenta «que la imagen está pulimentada, barnizada, y que toda ella forma un espejo convexo; que sobre ella se forman imágenes difusas de los objetos

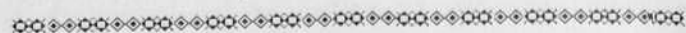


circundantes; que entre esos objetos hay un hermoso cortinón de terciopelo rojo, y que, ocultas tras el mismo, están algunas lámparas eléctricas». Circunstancias no despreciables, les podíamos decir, por cierto, y que son comunes a muchas imágenes (las de la Santísima Virgen y San Juan, allí) y a no pocos Cristos de otras iglesias; y que si algo dicen en Limpias, también hablarían muy alto y con el mismo lenguaje en otros lugares. No lo olviden.

Pues bien—añaden—a renglón seguido—«el cambio de color se explica así»: «siempre que el voltaje de la luz sube, se observa que la superficie de la escultura queda suavemente matizada de un color rosa y violeta» (color propio de una piel juvenil). Los videntes se figuran ver al Cristo cambiar de color, y no es así; porque «lo visto» por ellos «es la imagen del cortinón», un poco atenuada, proyectada sobre «el fondo de la escultura vista a la luz blanca» (no determinan cuál sea ese fondo) sin el cromatismo que los objetos circundantes causan en el brillo de la superficie».

A esta visión del Cristo rubicundo y animado, se sucede la del color amarillento, propio de los agonizantes. Esta apreciación nace de que a la subida del voltaje sigue un descenso del mismo. «Baja el voltaje—nos dicen—y al par se atenúa la reflexión de la luz; y, aunque la incidencia de los objetos siga siendo la misma, por ser la reflexión tan tenue, el ojo sólo aprecia «el fondo de la superficie cual si fuera mate»: «entonces es cuando el color rosado, propio de una piel juvenil, sucede el color amarillo, que invade la piel de los agonizantes». Así es como, en su





opinión se explica «que la imagen mude sin mudar de color».

Artículo 3.º

Flacos de la teoría monoideista combinada con la del blanco y negro.

Ahora voy yo con la mía, y digo: que en la teoría monoideista hay muchas huras, donde se ocultan los gazapillos, que es necesario aventar.

Primero. Si las cosas sucedieran en Limpias tal como estos señores nos las pintan, si todo se verificase así, lisa y llanamente, y tan naturalmente como se suceden las oscilaciones del voltímetro, «es muy significativo que, siendo», según se pretende, un fenómeno del orden físico, sencillísimo y corriente, «sólo se verifique ante el Santísimo Cristo de Limpias», y en ninguna otra parte más, cuando son tantísimos los Cristos que se veneran entre cortinones rojos e iluminados por fuertes focos eléctricos, entre los que pudiéramos enumerar el de Valladolid (Iglesia de la Cruz), el de la parroquia de los Angeles (Cuatro Caminos—Madrid) y otros varios. Estos Cristos a que aludimos, menos el de Valladolid (que es pintura), al igual que el de Limpias, no son mate, están pulimentados, barnizados y forman una especie de espejo convexo; y con todo, y a pesar de todo, las alternativas en las altas y bajas del voltaje, nada se ve en ellos que choque y llame la atención; lo que no deja de ser raro e inexplicable, dado que se quiera admitir lo de Limpias como cosa naturalísima. Las mismas causas, en las mismas circunstancias, siempre produ-

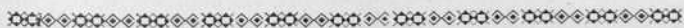


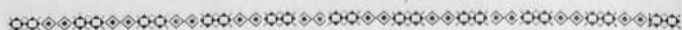


cen los mismos efectos; y aquí vemos que sucede todo lo contrario, ¿qué misterio es éste? Averíguelo quien pueda.

Segundo. La hipótesis que por falta de solidez no admitimos, está basada en una suposición completamente gratuita y totalmente contraria a la realidad de lo sucedido: supone que cuantos han notado el cambio de color, lo vieron con las bombillas eléctricas encendidas y en el momento preciso en que se verificaba el cambio de voltaje (esto lo suponen porque así les conviene); y yo creo no deben ignorar que ese fenómeno «fué observado antes de instalar la luz eléctrica», y que, después de instalada, frecuentemente lo «aprecian cuando están apagados los referidos focos eléctricos». Y si es así como lo es, y nadie nos lo podrá negar, cae por tierra todo el 'tinglado en que se habían encaramado, y es niñería y capricho eso de señalar un agente físico como causa de un fenómeno que se presenta en la ausencia de ese mismo agente.

Tercero. Otro de los flacos que noto en el argumento es la poca precisión en determinar el calor propio de la imagen, y si el de ésta es igual al de la Virgen y San Juan, que se veneran en el mismo camarín del mismo altar. Discurren así: sube el voltaje, y la imagen roja del cortinón, proyectada sobre el Cristo, hace que éste quede matizado de «rosa y violeta». (¿De dónde proviene ese «matiz violeta»?) Baja el voltaje, y al color rosado sucede el «color amarillo». (¿De dónde nace este color de agonizante?, y su mágica aparición ¿a qué es debida? ¿Tal vez será porque ese es el color de la escultura? Esto no se nos dice.) «El color de la imagen» (que forma el





fondo de la imagen del cortinón cuando sube el voltaje) «vista a la luz blanca», de manera clara y distinta, o con luz difusa que no cause reflexiones intensas, «no es rosado». (Y en ese caso, ¿por qué algunos lo habrán visto rosado con la luz blanca? Tienen la palabra los enamorados de la hipótesis física). «El color de la imagen» con el cromatismo, en este caso «es rosado». (Si, pues, con el cromatismo el «color de la imagen es rosado», y sin el cromatismo «no es rosado, ¿cuál es el color propio colocado allí sobre la talla por el pincel del artista? ¿Cuál es la permanencia acromática que aprecian la generalidad de los videntes ven en los intervalos de las mudanzas cromáticas? Preguntas son éstas en cuyo rededor reina el silencio más profundo. Antes, al tratar del movimientos de los ojos, «supusieron que el color propio del Cristo era plumizo»: así les convenía para que el gris resultante del negro y el blanco del ojo se pudiera confundir con el «color ceniciento» del rostro; ahora, para salir airosos en su tarea, «necesitan suponer que ese color es amarillo», y lo suponen, porque de lo contrario no salía el argumento. Juzguen nuestros lectores, y vean el aprecio que se merecen discursos tan caprichosos.

Cuarto. No deja de ser un hecho muy elocuente el que, estando la Virgen Santísima y San Juan en el mismo camarín y alumbrados por la misma luz, solamente alguno que otro haya visto el cambio de los colores en ellos. Es caso muy singular, que yo no me sé explicar, no creo haya quien me lo pueda hacer comprender, cómo un ojo pueda apreciar sobre el Cristo el cambio de colores, y no sea capaz de darse

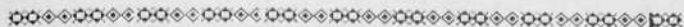




cuenta del mismo fenómeno que, según leyes físicas, se verifica al mismo tiempo sobre las otras dos efigies que están colocadas a un lado y a otro del Crucifijo. De los que han visto el cambio de colores en el Cristo, solamente «algunos» los observaron en la Santísima Virgen y San Juan»; si la causa fuese tan sencilla y natural como la que se señala, ¿por qué «no ven los cambios en las tres imágenes, «todos los que ven bien los colores?» Yo no atino con la razón de por qué han de ser ciegos respecto a las imágenes de los Santos y no lo han de ser en la misma unidad de tiempo en cuanto al Señor.

Quinto. Más raro e inexplicable que nuestras anteriores dudas, es el «que un mismo vidente sea discromatópsico a una hora con relación a un color, y no lo sea a otra hora. Se nos dice que eso sucede así porque «la ceguera» o discromatopsia que padece «es intermitente», la que se puede armonizar con el estado normal más perfecto». Pero esto no convence; pues no da la razón de por qué han de resultar ciegos para el rojo únicamente ante la imagen del Cristo de Limpias, ni por qué desaparecen sus dolencias discromatópsicas únicamente en los breves momentos (una hora, media, un cuarto, etc., según los casos) de la visión, para luego volver a verse dominados por completo todos los instantes de la vida. Yo no puedo meter en mi cabeza cómo pueda ser eso de que una persona sea apta para ver un color determinado nada más cuando va a Limpias, y eso por un espacio brevísimo de tiempo. Es muy cómodo eso de recurrir a la «discromatopsia intermitente y fugaz», porque así es fácil fugarse por la tangente, saliendo





cierto si nos aferramos en decir que lo blanco es negro, y que si no lo vemos así, es porque no hay ojo humano que no padezca, en mayor o menor grado, el «discromatismo, de la misma manera que no hay lente o espejo que sea completamente acromático. Ellos nos dicen claramente que los videntes del color demudado son individuos que gozan del más perfecto acromatismo posible, que ven bien los colores, que tienen visión clara y distinta, que por eso mismo vieron en Limpias lo que era imposible observar los acromatópsicos; y cosa rara y sorprendente: esos mismos escritores son los que no sienten empacho en decirnos a renglón seguido que tan buenos videntes por gozar sus ojos de exquisita organización anatómica y función fisiológica, de repente se hacen discromatópsicos para cuantas veces vuelven al templo e intentan ver lo que antes ha recreado su vista. Es cosa verdaderamente extraña y que llama poderosamente la atención el que de las innumerables visitas que han hecho determinados individuos, sólo una vez haya funcionado bien su órgano visual: aquella precisamente en que fué apreciada la inmutación o cambio de color, mientras que en todas las restantes de los agraciados se vió sorprendida por la misteriosa discromatopsia intermitente engendrada, según dicen, por la fatiga del órgano y las inmutaciones del éter retínico.

A más de lo dicho, para que más fácilmente se nos pudiera convencer de lo que se pretende, sería necesario demostrar que los videntes se encontraban en estado de fatiga orgánica o mental, o por el contrario, si se hallaban sosegados, tranquilos y despreocu-





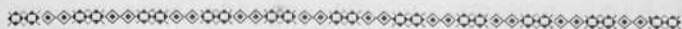
pados. Porque, ¿no les parece a nuestros lectores que sería muy chocante el que todos los videntes o no videntes siempre fueran a Limpias dominados por ese cansancio o vesania mórbida generadores del trastorno orgánico y mental que arrastran consigo la ceguera del color rosa al mismo tiempo que provocan la visión de otras manifestaciones cromáticas?

Artículo 5.º

La discromatopsia no se la debe suponer como existente en el caso de Limpias, es necesario demostrar que realmente existe.

Yo no niego que la ceguera de que se nos habla se dé en buen número de personas, ni pregunto tampoco por qué no ven todos: soy de los que primeramente han sostenido que un fenómeno puede ser real extrasubjetivo, y no ser visto por todos los espectadores presentes a su realización. La ciencia de la resplandeciente y hermosísima luz, cuyos prodigios ocultos no hay inteligencia que pueda abarcar, guarda impenetrable los grandes misterios de sus relaciones con la vista. Difundida por el espacio, y en incesante actividad, su acción no tiene límites: es universal, grande, infinita, y nunca llegaremos a comprenderla de un modo perfecto. No obstante, ya sabemos perfectamente que «la sensibilidad de la vista» respecto a las diversas intensidades de los colores, es muy varia; y de las investigaciones hechas hasta el presente, resulta que «aumenta desde el rojo al violeta». De ahí el que el azul se pueda ver con menos luz que el rojo, el cual, en los cuadros de los Museos, deja de verse antes que los colores azules. Según obser-





vaciones clínicas, al comenzar la atrofia del nervio visual, el ojo se vuelve ciego primeramente para el color rojo, y luego deja de ver los demás colores en orden ascendente del espectro: «rojo, anaranjado, amarillo, verde, azul, añil y violeta. Confieso también que la parte lateral de nuestra retina es completamente ciega para el rojo, y que entre los ciegos de colores abundan los que nunca perciben el color rojo. Pero si todo esto confieso, también afirmo que no hay derecho a suponer ciego a un individuo sin que a ello nos mueva razón convincente. No basta suponer, es necesario demostrar: de la teoría a la práctica no se desciende de golpe y porrazo, sino por escalones graduados y bien unidos. De que en determinadas circunstancias y con características afecciones a un órgano concreto se puedan realizar algunos efectos, no nos es lícito deducir que así suceda siempre que a nosotros nos convenga. Urge determinar y comprobar si los videntes son o no ciegos «mono» o «policromáticos»: si no lo son. ¿por qué resultan ciegos sólo ante el Cristo, y vuelven a dejar de serlo para continuar viendo luego que se alejan de aquel lugar?

Artículo 5.º

Si nos atenemos a los principios científicos de la ciencia referente a la ceguera mono-cromática o policromática, las visiones impienses serían perennes.

Yo concibo muy bien que haya quien no pueda apreciar el color rosa del cortinón que se derrama sobre el Cristo; pero no me cabe en la cabeza que, quién vió una vez la inmutación, deje de verla porque in-





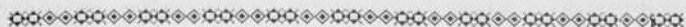
esperadamente se le eche encima una discromatopsia intermitente. Toda dolencia intermitente produce sus efecto en el paciente a intervalos, y esta afección visual de que se nos habla obra incesantemente y de continuo, por cuanto a los atacados acarrea ceguera perenne; y digo que acarrea ceguera perenne, por la sencilla razón de que hay quienes «ven una vez y no vuelven a ver más veces. No concibo cómo una discromatopsia puede ser «y no ser» intermitente: ser intermitente porque así se lo llama, no ser por la permanencia de los efectos que causa.

Artículo 7.º

La teoría de la ceguera con cuyos principios científicos se pretende explicar lo de Limpías, tal como la exponen sus defensores, conduce al agnosticismo universal.

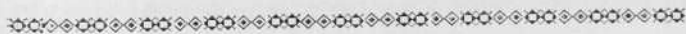
Si nos empeñamos en sostener que cuando los de buena vista no ven el colorido rosado del Cristo es porque muy bien les pudo sorprender una discromatopsia intermitente, yo me considero con idéntico derecho para decir lo mismo de todas las percepciones visuales de quien osare sostener semejante aserto. Razón: porque «es posible» que aun en el estado normal les aqueje una discromatopsia intermitente. Que no analizo e investigo a ver si les ha invadido o no esa epidemia tan universal del órgano de visión; no importa, pues ellos tampoco se detienen en esas pequeñeces, y serenamente concluyen que así sucede. Mas por ser ese camino muy tortuoso y no menos escabroso, que lógicamente nos conduciría a suponer que aun en la vida normal los colores que vemos no

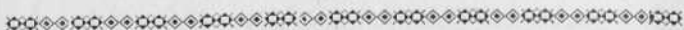




son los verdaderos, sino que son los que nos prestan los cristales (léase «ojos discromatópsicos») por los que miramos las cosas, doy paso atrás, y concluyo así: «aun cuando fuese cierto que el cambio de color en la imagen no sea prodigio y si un hecho natural realizado en el objeto y explicable por la luz, «aun en ese supuesto», hasta el presente gratuito, la explicación dada por el que vió sin ver no convence», y sólo sirve para llevarnos de cabecita al agnosticismo más uninversal que imaginarse puede. Por eso y por hallar la hipótesis saturada de cierto dogmatismo, muy odioso, solamente merece censura de mi alma.

Y ahora vamos a otra cosa; vamos a entretenernos en anotar unas cuantas nimiedades.





CAPITULO XXIII

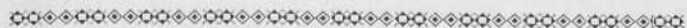
Nimiedades que dan chispas de luz para que vean los
que no ven.

Artículo 1.º

Arrogancia y presunción con que se juzga a las videntes
de Limpías.

De tal se puede calificar, en primer lugar, la arrogante y nada modesta actitud que con presunción y temeridad incalificables toman ciertos espíritus muy pagados de su ilustración y propia suficiencia, los cuales, encorajinados por cuanto oían decir y veían escrito sobre lo acaecido en Limpías, se lanzaron a la palestra, lanza en ristre. Lo primero que, con inusitada furia, atacan es la piedad de los concurrentes al templo famoso, y la menor injuria que a la honorabilidad de los tales hacen es suponerlos dócil manada de mansos corderos, que, si salen de sus casas y van a Limpías, es porque a ello les mueve el «estímulo de malsana curiosidad». Dudan de la sencillez de espíritu, de la alteza de miras y rectitud de fines que puedan anidar en el corazón de los visitantes, a los que no titubean ni sienten empacho en insultar comparándolos a las turbas sin fe y de mala voluntad,





que pedían a Jesús milagros para no creerlos, y contra los que el Divino Salvador lanzó esta sentencia: «esta generación «depravada» busca un prodigio»... Sus ansias de ver—escriben mordaces—me hacen recordar la frase acerada del Señor, dura como un golpe de disciplina».

Artículo 2.

Los peregrinos de Limpias, no constituyen una generación perversa.

«Fero, señores, diríamos a los que así escriben, más respeto al prójimo y estudiar mejor la Escritura»: que los que van a Limpias en peregrinación «no constituyen una generación depravada». Van algunos malvados, muchos de los cuales vuelven corregidos, pero el resto son gentes cristianamente caballerosas. Por otra parte, ¿cómo se les ocurre decir que con esas palabras el Señor quiso condenar el deseo de ver las obras sobrenaturales de la divina Providencia? ¿disciplina a todo mortal que corra a ver cosas extraordinarias en un lugar determinado? San Pedro y San Juan y todos los Apóstoles y todos los discípulos corrieron a ver el milagro de la Resurrección, y, aunque tenían más fe que todos nosotros, procuraban estar presentes a todos los portentos que Jesús hacía.



Artículo 3.º

Ni Jesús ni su Iglesia condenan el deseo de ver milagros.

Jesús no siempre censuró a los que se apiñaban a su sús no siempre censuró a los que se apiñaban a su lado, buscando y pidiendo milagros. La sentencia fué





lanzada contra los que se los pedían sin ánimo de someterse a ellos. La Iglesia tampoco condena el deseo de ir a los sitios favorecidos y escogidos de un modo especial por el poder divino para hacer gala de su dominio absoluto sobre lo criado. El espíritu que anima a los devotos peregrinos de Limpias es el mismo que abrigan en sus pechos los que se encaminan a Lourdes y otros célebres Santuarios; y si éste no se debe censurar, no hay por qué emprenderla contra aquél.

Artículo 4.^o

No hay por qué temer ni dar la voz de alarma en el caso de Limpias.

Yo pienso así; mas ellos piensan de otra manera y por eso vemos que muy temblorosos y asustadizos dan el grito de alarma: «Sus ansias de ver—dicen—me infunden pavor... y «las mismas peregrinaciones» que con frecuencia llenan las naves de la parroquia... me hacen temer». Dicen que no saben lo que temen, y yo se lo creo; y no sólo se lo creo, sino que no veo el motivo de temer por unas peregrinaciones religiosamente organizadas, convenientemente autorizadas, y algunas presididas por los Prelados de la Iglesia. ¿Verdad, lectores carísimos, que no se ve la punta de esas dudas alarmantes y puramente negativas? Y si así es, ¿a qué viene eso de empeñarse en imitar las costumbres del coleóptero, que no trabaja sino es amontonando vilza? Yo no lo entiendo.





Artículo 5.º

Nadie ha dicho que lo de Limpias constituya una nueva base de fé, ni que se necesite para que subsista la fé divina.



Tampoco entiendo cómo es posible que haya espíritus tan prendados de su rectitud y exquisito gusto lleguen a suponer que únicamente «ellos» son los que en la cuestión lumpiense obraron como se debe obrar: con alteza de miras, sin preocupaciones, y sin afán de ver «nada divino». Alguno de estos talentos cumbres a que nos referimos, escribe así: «Yo jamás sentí la curiosidad de ver los prodigios de Limpias; mi alma no ha menester nuevos motivos de credulidad; tengo suficiente con la sabiduría de Dios, su veracidad, y el magisterio de la Iglesia... Soy hombre de fe, y creo que Dios puede hacer «casi todos» los hechos que los videntes llaman prodigios. Negarlo sería poner neciamente límites al poder infinito de Dios...» Y quien así se explica no se da cuenta que con tanto alarde de fe está haciendo el «ridi», como se dice modernamente. Porque así como nadie niega el «póse», que Dios puede eso y mucho más, nadie ni siente necesidad de robustecer su fe con nuevos motivos de credibilidad, ni va en busca de nuevas bases en que fundar su fe. Nadie ha meneter, y si sienten deseos de ir a Limpias no es porque sus almas titubeen, vacilen y sientan sumergirse en el mar proceloso de la duda, no, es por una curiosidad natural que se apoderó de todos, creyentes e incrédulos, de ver con sus propios ojos aquel lugar. Algunos llevaban su fe escuálida, famélica; fueron, vieron y recobraron el vigor de la fe. Y si todos fueron así como decimos, es



vanidad ridícula el alardear de poseer lo que todos tienen.

Artículo 61º

La curiosidad piadosa es preferible a la curiosidad científica y pedante.

Aquí, con esto de las visitas al Cristo de Limpias, sucede una cosa muy singular, y es, que quienes repriminan y censuran con acritud la «curiosidad piadosa», se pavonean con su «curiosidad científica», o curiosidad de saber, no para creer, sino para discutir y negar, que es precisamente la curiosidad que Jesús fustigó con la mencionada frase «acerada y dura como el golpe de disciplina». Quisiera que estos sabios señores no se olvidasen de que el deseo piadoso de ver una manifestación sobrenatural puede ser más digno de lo que el afán de estudiar la naturaleza y las causas determinantes de esa manifestación; que uno y otro son laudabilísimos cuando van acompañados de recto fin, rendimiento de corazón, y sumisión de entendimiento; y finalmente, que sólo merecen las iras y anatemas divinos cuando están impulsados por aviesas intenciones: tal le sucedió a Herodes, y tal a los judíos que viendo los muertos resucitados le pedían nuevos milagros para llegar al conocimiento de la verdad. Nos parece de mal gusto y hasta cursi el escribir en tal forma que los lectores puedan formarse idea de que sólo el escritor que leen fué a Limpias animado del deseo recto de estudiar y ver la verdad. Y, aunque parezca inversímil, así han escrito algunos doctores, cuyas son las palabras que se leen en el artículo siguiente.

Artículo 7.º

Curiosa visión de un ciego monoteísta.

«Acuciado, estimulado y espoleado por «misteriosa y psíquica fuerza» (que bien pudiera ser el monoteísmo o idea fija de dar solemne mentís a todo lo de Limpias), estaba impaciente, deseaba con vehemencia cerciorarse por sí mismo de la verdad de las cosas; y mientras se le presentaba coyuntura favorable, las ideas se agolpaban a su mente escrutadora que no cesaba de preguntarse la mar de cosas, y plantearse una eternidad de cuestiones: si sería cierto lo que de Limpias se refería, si sería verdad que abría y cerraba los ojos (la pregunta no está bien formulada, pues el Cristo no se dice que abra y cierre los ojos, sino que mueve el globo del ojo, haciéndolo girar dentro de su órbita), que si sería un hecho que se apreciaba en él el cambio de color, que respiaba y que arrojaba sangre por la boca. Todas estas y otras mil cuestiones parece ser que le llenaban de angustiosas ansiedades, y le impeñaban a emprender el viaje a Limpias, adonde por fin fué y vivió (según dice), y vió todo lo que otros vieron, y lo vió siempre que quisa (en un mes de estancia, lo vió 35 o 40 veces); y lo más chusco del caso es que lo veía de la manera que quería: abrir y cerrar los ojos (entonarlos con expresión de rostro parece ser que no), agitar el pecho, cambiar de color, arrojar sangre, en fin, una maravilla muy maravillosa de cosas estupendas. No se lo niego: pudiera estar alucinado, pudiera ser que el campo de su conciencia estuviese ocupado por un monoteísmo muy absorbente, pudiera que cierta incli-





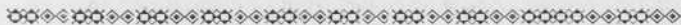
no que por todas partes se divisa ansia implacable e impaciente de negar a todo trance lo que desde el primer momento y antes de todo examen había negado con enfado su propio corazón. ¿No es verdad que semejantes escritores, por imparciales y ecuánimes que se quieran pintar, no es verdad, repito, que con antelación a todo estudio y antes de ir a Limpias, sentían que su voluntad se rebelaba con ira y coraje contra lo que furibunda y sañudamente después combatió? La sentencia negativa estaba dada de manera firme e irrevocable y necesariamente tenía que promulgarla, aunque fuese precedida de una ficticia revisión de las razones y motivos que la justificasen. Fuímos, dicen, y «todo lo hallamos conforme lo habíamos imaginado». Por eso no dijeron más que lo visto mis lectores, se hilvanan en la forma más elegante y apta para deslumbrar a los que voluntariamente se empeñen en ser cegatos.



Artículo 9.º

Fabricación de ideas.

Por lo visto, ellos se presentaron en Limpias con una descomunal borrachera de monoideismo, con una movilidad tan asombrosa de las neuronas, que sus ideas, sin excitantes exteriores, nacían en su alma a borbotones se atropellaban, «se sobreponían, se fusionaban, según sus deseos, y de ahí el que vieran lo que querían y como querían fuese lo de Limpias, lo cual no debe maravillarnos lo más mínimo, pues en esos señores se debió desenvolver con toda esplendidez la imperiosa ley de la síntesis o reintegración de las percepciones,





según la cual, y, en virtud de «razones subjetivas y afectivas», algunos elementos integrantes de su percepción se separaron de otras con las que estuvieron en contigüedad (ley de disolución), y mediante ese divorcio excluyeron de la conciencia lo que no les interesaba, y, por medio de otra fuerza antagónica, llamada fuerza de reintegración, trajeron a colación las «imágenes preadquiridas», para formar con el objeto presente una percepción sintética» y negativa de cuanto las gentes referían de Limpias. Así es, sin duda, como después de tanto barajar las leyes físico naturales a trueque de poder declarar maniáticos (mono-ideistas,) ilusos, etc., a todos los videntes de los sucesos lumpsenses, resultan ellos como de atar.

Artículo 10.

Meditación oportuna.

Meditemos: antiguamente muchos vieron los milagros de Jesucristo, y al no poder negar el hecho se endurecían en su maldad, y con desahogo inconcebible decían que aquello lo hacía el Divino Maestro por virtud de Belcebú, príncipe de las tinieblas; modernamente, ante el Cristo de Limpias, algunos ven manifestaciones desacostumbradas, y por no querer ser tildados de gente crédula (se olvidan de que es menester sumo cuidado en que, «so pretexto de no aparecer crédulos, no vengamos a resultar incrédulos), no pudiendo negar el hecho que allí se realiza algo desacostumbrado, no dicen que sea efecto del poder de las tinieblas, pero sí que lo es de una causa puramente natural: es innegable que se puede abusar





de todos los beneficios divinos, y que de hecho se abusa. (Yo no digo quiénes son los que tan inicua-mente obran).

Artículo 11.

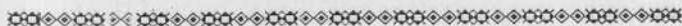
Demostración científica que se promete, y que no se dá.

Y dado que, por el número y calidad de los que juran haberlo visto, no se pueda negar el hecho, se preguntan: ¿cuál será su causa? Y sin detenerse un momento, afanosos, se aplican a señalarla con el dedo, cual si desde la eternidad la estuvieran viendo de hito en hito. «Muchos—dicen—dando por supuesto que el origen de los fenómenos lumpienses es sobrenatural, se engolfan en la cuestión de «si Dios causa en la imagen lo que los hombres ven, o si por el contrario Dios causa en los videntes la misma sensación que causaría una especie arrancada del mismo objeto»; pero nosotros, dicen, desechando tal supuesto, probaremos «que los hechos referidos como prodigiosos se verifican en el objeto y su origen es puramente natural». Prometen demostrarlo, y, como habrán podido apreciar nuestros lectores, sus razones no dejan de ser unas de tantas «nimiedades» del mismo género a que pertenecen las que aquí dejamos apuntadas,

Artículo 12.

No todos los milagros de Cristo, están consignados en el Evangelio.

A las nimiedades apuntadas en los anteriores artículos, pudiéramos añadir otra nimiedad tan pueril,



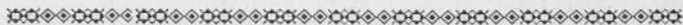


como es el empeñarse en decir que «los únicos prodigios de Cristo» son los descriptos en el Evangelio. No es lícito decir, porque no es verdad, que los «milagros de Cristo estén todos» en el Evangelio, ni en el Nuevo Testamento, a no ser que reneguemos de ese mismo Testamento, en el que escrito está por el Discipulo Amado, San Juan, que Jesús hizo y enseñó otras muchas cosas, las que si se escribieran, el mundo Domini». Todavía en el cielo hay resquicios por donvino después de cerrado el canon de los libros sagrados, y aun en nuestros días «non est abbreviata manus sería insuficiente para colocar los libros que se formarían. Ni es cierto que se haya agotado el poder di- de se escapan fulguraciones del poder y misericordia divinos. Lourdes y otros santuarios, y no pocas almas, son verdaderos y misericordiosos reberberos del poder divino; ¿por qué no lo puede ser Limpias? Yo no digo que lo sea, sino que es necesaria la prudencia para impedir que, por exceso de celo, no vayamos a formarnos un Dios aislado de los hombres y ocupado en gozar de su inmensa felicidad, sin preocuparse ni influir directamente en sus criaturas. Yo no creo que sólo sean «prodigios de Cristo» los del Evangelio, y, por el contrario, creo que nadie es quién para poner límites a las manifestaciones divinas allí donde él no los puso.

Artículo 13.

Mala selección de prototipos para juzyar las visiones lumpsenses

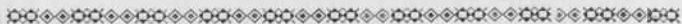
Nimiedad tan pueril y más impertinente que las anotadas es aquella en que incurren al querer expli-





carnos cómo pueda ser eso de que se vea al Cristo arrojar sangre por la boca. «Yo, dice un escritor, tenía muchos deseos de hablar con un vidente, y un día tuve la fortuna de que la suerte me deparase la ocasión». Por lo que dice a renglón seguido, se deduce que topó con un hombre de buena fe, un simple, un cándido, que tenía unos gemelos, no dice si «cónicos o cilíndricos», o prismáticos, pero tan malos, que con ellos se debían ver los objetos completamente cromatizados, salpicados o envueltos por franjas o anillos coloreados. Con este buen hombre, que al parecer se quiere proponer como ejemplar y prototipo de todos los que vieron la boca llena de sangre cuajada o líquida, entabló amena conversación, en la que pudo recoger esta afirmación: «compañero, yo a simple vista no distingo nada, pero con estos gemelos veo que el Cristo echa sangre por la boca: la sangre no cae al suelo, sino que llena la boca y rebasa algo por el labio inferior. ¿Tendría la bondad de cerciorarme y explicarme lo que estoy viendo? Y el interpelado sintió los picotazos de la curiosidad, y, algún tanto escrupuloso, cogió los gemelos de su interrogante, y con ellos miró y vió, no la boca llena de sangre, sino el labio inferior tinto en color rojo. Retira los gemelos y serenamente se pone a explicar a su compañero lo que entreambos vieron a través de aquellos cristáticos. Amigo mío, le dice, eso que hemos visto «parece sangre y no lo es; es efecto natural de un vidrio lenticular poco acromatizado, el cual descompone la luz, y los anillos o franjas coloreadas son apreciados por la vista como una proyección fantástica o virtual sobre la boca del Cristo»: en los espejos cilíndricos o cónicos las imá-





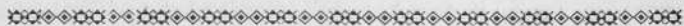
geties se reflejan en dos aristas verticales o transversales, y por eso la visión del fenómeno en la forma sobredicha «no es cosa de sorprender». Y, cosa maravillosa, esta explicación satisfizo en gran manera al vidente en cuestión, el cual quedó muy agradecido» y convencido de la explicación que se le daba sobre las causas productoras; y el conferenciante no quedó menos ufano y satisfecho.

Parece ser que el aludido señor vidente debía ser de carácter muy dócil, y sus convicciones sobre la certeza de la realidad que estaba viendo no debían ser tan firmes como las de este otro vidente, amigo nuestro, el cual, después de bien leída y meditada la explicación que tanto satisfizo al primero, nos escribió lo que sigue:

Artículo 14.

Testimonio que se debe tener muy presente.

«Yo estuve en Limpias, gracias a Dios no me llevó la curiosidad, fuí a dar al Santo Cristo, a mi amadísimo Jesús un sincero testimonio de Fe. Bien sabe el Señor la violencia que me hice y que si Jesús no me ayudara de un modo especial, de seguro no fuera, pero me ayudó y fuí. Yo por la misericordia de Dios me había visto antes me ví entonces y me veo ahora todo lo pobre, feo y miserable, que es hombre, miseria y pecado, y sin duda el Santo Cristo de Limpias se compadeció de este miserable y lo ví... Lo que entendí y sentí... por la pura bondad de Dios... le aseguro a usted que aunque vengan todos los pedantes del mundo con un montón de artículos de Ciencia





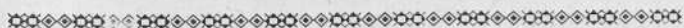
Psicofísica-fisiológico, no me lo arrancarán: ellas se darán todo el pisto que quieran, y yo bendeciré al Dios en su santa Imagen de Limpias».

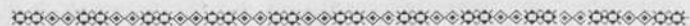
Pero como esta clase de videntes no les favorece en sus planes, hacen caso omiso de su testimonio, y así, sin preocuparse poco ni mucho de las visiones de éstos tales, a la par que apartan su vista de las de aquellos que «sin gemelos y sin lentes» habían apreciado la sangre en la boca, radiante de alegría por haber conseguido insinuar en el lector irreflexivo que la sangre de la boca había sido observada valiéndose de un instrumento óptico (catóptrico o dióptrico-, voluntariamente se distrae y divaga hablándonos de que mediante los gemelos vió «un filete rojo que teñía suavemente las aristas de las piernas, las de los costados y las de todas las partes del cuerpo en que se producen los contornos de una superficie convexa», el cual «filete rojo» «es sencillamente, un reflejo del cortinón que sirven de marco a la bendita imagen, según pretende el aludido escritor.

Artículo 15.º

Enigma indescifrable.

Ya ves, amigo lector, qué cosas tan estupendas hace el «cortinón», aunque no sea más que en Limpias: en unas ocasiones hace rosada la imagen hasta darle un tinte marcadamente de un cuerpo humano, informado por el alma, y en otros casos, sobre el aspecto cadavérico dibuja líneas gruesas de tonos rojos, semejando regueritos de sangre deslizándose sobre el rostro y cuerpo exagüe y exánime del Crucificado.





Pero más estupenda es, me decía un amigo, la frescura de los que se les ocurre decir que esos regueritos de sangre son sencillamente un reflejo del cortinón; pues todo el mundo está convencido de que están pintados sobre la escultura por el pincel del artista, y están tan visibles que se notan perfectamente a simple vista, y se aprecian en las fotografías, sin que a nadie, a no ser un infeliz, se le haya ocurrido pensar que aquello es un prodigio. Es cuanto se le puede ocurrir a un hombre que quiere desfigurar la verdad. En vista de esas ocurrencias yo pienso que los sabios doctores que se precian de tener vista de lince para ver los «suaves matices rojos» dados por el cortinón y reflejados por el espejo convexo formado por la escultura, no debe ser así como dicen, sino que deben sufrir penosa y profunda discromatopsia, puesto que no pueden ver la pintura roja que en gruesas filamentos semejan surcos de sangre sobre el Cristo.

Es un verdadero enigma indescifrable que los discromatópsicos (como los que nunca vimos la inmutación o cambio de color) apreciemos los filetes rojos, y que éstos no los aprecien los adiscromatópsicos (como son los que vieron la mencionada inmutación). Esto yo no lo entiendo, ni sé explicármelo: explíquelo aquel que pueda, si es que explicación admite.

Artículo 16.º

Reto a la Omnipotencia Divina.

Mas si esto no tiene explicación, menos la tendrá aquella otra nadería de que, para cerciorarse plenamente de si es o no efecto del voltaje y del corti-





confirmase los milagros con nuevos milaros: «esta generación «deprabada» busca un unevo prodigio... y «no se le dará».

Artículo 17.º

La teoría de la no comprobación del milagro es impía, y abre las puertas al camino de nunca terminar.

Por ese camino tendríamos trabajo para nunca terminar; porque no cabe la menor duda que contra el prodigio que en plena luz, a campo descubierto se verificase cabría invocar también la integración y disociación de las ideas, la discromatopsia, el contraste del negro y el blanco, y otras mil zarandajas de que ahora se nos habla sin lograr convencernos. Es osadía verdaderamente grande, irreverente, sacrílega y blasfema, eso de tener la temeridad de exigir que, para ver si es o no milagroso lo de Limpias, «se pida a Dios» un nuevo «milagro», ponerle condiciones, señalarle el sitio y lugar dónde y cómo se deba verificar para que se le pueda dar crédito. exactísimo: lo mismísimo que pedían a Jesús sus compatriotas, y lo que el naturalismo impío dice de los milagros dogmáticos de Jesús: no creemos por faltarnos la comprobación; para creer si resucitó muertos necesitábamos que se hubiera repetido el hecho en otras circunstancias (matándole, por ejemplo, como querían hacer los judíos con Lázaro, y ver si resucitaba nuevamente), pero como eso no se hizo, nosotros no los creemos. Y este argumento de la «no comprobación», tan manoseado por la impiedad, es el manejado ahora con amabilidad contra los sucesos de Limpias, sin reparar en su ningún valor demostrativo.





Artículo 18.º

Lo que se debe pedir para que se perpetúe lo de Limpias, si es efecto de las causas naturales.



La petición lógica que a los considerandos ya ponderados se impone es que, para conseguir se perpetúe el fenómeno maravilloso de Limpias, no se mude en lo más mínimo las condiciones locales que rodean al Cristo, y, con la garantía que en ciencias da la identidad de circunstancias, ensayar cuantos experimentos se estime conducente al fin deseado: «las mismas causas en las mismas circunstancias» producen los «mismos efectos». Pero esto que se deja caer de su peso le dan de lado para hacer tan atrevidas peticiones a Dios y a los hombres: a éstos que sanquen al Cristo, y a Dios que haga nuevos milagros. Yo no sé si hablan en serio, o si lo toman a broma, y por eso los dejamos, no sin antes rectificar una afirmación caprichosa y de todo en todo contraria a la verdad del hecho.

Artículo XIX.

Rectificación necesaria, y punto final.

Dicen que «nadie puede asegurar en verdad que haya «visto nada extraordinario» en la santa imagen a la «luz del día», muy escasa en el templo». Y esto que se propone como un «dogma», como axioma indiscutible, como verdad fundamental de todo discurso, «porque así conviene», ellos mismos, al confesor que «la primera visión», por lo menos, se realizó a «la luz del día», reconocen que no es cierto lo



que afirman. Por eso dicen ellos, porque en aquella ocasión no había voltios que iluminasen el cortinón, ni provocasen las alternativas de luz y de sombras. «las enseñanzas del misionero fueron el reactivo que, por la ley de la reintegración, asoció el contenido actual de la conciencia con la percepción actual de la imagen». En lo sucesivo dicen que todo se consiguió a fuerza de prismáticos y focos. A esto se le llama en castellano pensar como querer y hablar por no callar.

Frente a los que así obran no queda otro partido que el de callar: callemos.

F. Andrés de Palermelo
Capuchino

Madrid, 1923.

Con las debidas licencias Eclesiásticas

Artículo 2.º—Diferencia de los milagros por su importancia y trascendencia demostrativas	35
Artículo 3.º—Todos merecen nuestro cariño	36
Artículo 4.º—El criterio negativo frente a las manifestaciones divinas es censurable	37
Artículo 5.º—No debemos negar ni ocultar hechos ciertamente sobrenaturales	38
Artículo 6.º—El proceder de las almas santas respecto a las visiones obradas en tí y en los otros	40
CAPITULO VI.—Causa eficiente de los sucesos de Límpias.	40
Artículo 1.º—Enumeración de las causas generadoras de un hecho.	45
CAPITULO VII.—Las maravillas del arte	49
Artículo 1.º—Lo que se dijo en un principio sobre la eficacia de los sucesos de Límpias	49
Artículo 2.º—Lo que más tarde se escribió sobre la causa de los sucesos de Límpias.	53
CAPITULO VIII.—El contraste de luces y sombras y las oscilaciones del voltaje como causa de las inspiraciones del Cristo.	55
Artículo 1.º—La falsa explicación que se nos da, de por qué se aprecian las respiraciones en el Cristo.	55
Artículo 2.º—Primer reparo a la teoría sombreada.	56
Artículo 3.º—Aclaraciones necesarias y que se echan de menos en la teoría oscilatoria del voltaje	58
Artículo 4.º—Segunda aclaración necesaria en la teoría del sombreado. Segundo reparo a la teoría lumínico-cinemática	59
Artículo 5.º—f) Aplicación de la anterior doctrina al caso de Límpias	62
Artículo 6.º—Las consecuencias a que lógicamente nos conduciría la desechada teoría del sombreado	64
CAPITULO IX.—Blanco y negro	67
Artículo 1.º—Falsa interpretación de cómo el Cristo cierra los ojos	67
a) Proposición de los que, sin negar los hechos lúmpiensés, tratan de darles una explicación psico-física	67
b) Su argumento de cómo y por qué parece que cierra los ojos sin cerrarlos	68

c) Su explicación de cómo y por qué parece que los adbe sin abrirlos	68
Artículo 2. ^o —Nuestra contestación a las razones adu- cidas por los de blanco y negro	69
CAPITULO X.—Discriptopsia o dultonismo	
Artículo 1. ^o —Dificultades que debían resolver los par- tidarios de la ceguera céntrica, y que no resuelven.	77
Artículo 2. ^o —Nuestra doctrina aclaratoria sobre la naturaleza de la causa que se nos señala como prin- cipio de la no visión	78
Artículo 3. ^o —Dificultades que debían resolver los par- tidarios de la ceguera expuesta, y que no resuelven.	81
CAPITULO XI.—El mono-ideismo en acción	
Artículo 1. ^o —Definición del mono-ideismo y sinonimia.	84
Artículo 2. ^o —El poder desfigurante del monoideismo.	85
Artículo 3. ^o —Desacertada aplicación del monoideismo al caso de Limpías	87
Artículo 4. ^o —Nueva forma aclaratoria del argumento usado en la falsa aplicación de la teoría del mo- noideismo al caso de Limpías	88
Artículo 5. ^o —Casos en que pudiera ser verdadero el discurso expuesto	89
Artículo 6. ^o —Graves inconvenientes que tiene y fata- les consecuencias a que conduce ese modo de discus- tir	90
Artículo 7. ^o —La teoría del monoideismo fué ideada para combatir los hechos claramente sobrenaturales	93
Artículo 8. ^o —Admitida la teoría monoideista, tendrían que admitir conclusiones insostenibles ante la realidad empírica	93
Artículo 9. ^o —La reversibilidad en el monoideismo. . .	94
Artículo 10.—Olvido o ignorancia de las reglas para co- nocer la ofuscación o sobrecolocación de ideas	94
Artículo 11.—Lo que se ha pretendido decir	95
CAPITULO XII.—Combinación del monoideismo con blanco y negro	
Artículo 1. ^o —El cambio de color en el Cristo y la ex- plicación que de él nos dá uno que vió sin ver . .	97
Artículo 2. ^o —Falsa explicación del cambio de color en el Crucifijo	98
Artículo 3. ^o —Flacos de la teoría monoideista combina-	

da con la del blanco y negro	100
Artículo 4.º—Lo inexplicable en la teoría de la discromatopsia intermitente	104
Artículo 5.º—La discromatopsia no se la debe suponer como existente en el caso de Limpias; es necesario demostrar que realmente existe	106
Artículo 6.º—Si nos atenemos a los principios científicos de la ciencia referente a la ceguera monocromática o policromática, las visiones limpienses serían perennes	107
Artículo 7.º—La teoría de la ceguera con cuyos principios científicos se pretende explicar lo de Limpias, tal como lo exponen sus defensores, conduce al agnosticismo universal	108
CAPITULO XIII.—Nimiedades que dan chispas de luz para que vean los que no ven	
Artículo 1.º—Arrogancia y presunción con que se juzga a las videntes de Limpias	110
Artículo 2.º—Los peregrinos de Limpias no constituyen una generación perversa	111
Artículo 3.º—Ni Jesús ni su Iglesia condenan el deseo de ver milagros	111
Artículo 4.º—No hay por qué temer ni dar la voz de alarma en el caso de Limpias	112
Artículo 5.º—Nadie ha dicho que lo de Limpias constituya nueva fase de fe, ni que se necesite para que subsista la fe divina	113
Artículo 6.º—La curiosidad piadosa es preferible a la curiosidad científica y pedante	114
Artículo 7.º—Curiosa visión de un ciego monoteísta	115
Artículo 8.º—Falta de sinceridad y exceso de parcialidad	116
Artículo 9.º—Fabricación de ideas	117
Artículo 10.—Meditación oportuna	118
Artículo 11.—Demostración científica que se promete y que no se da	119
Artículo 12.—No todos los milagros de Cristo están consignados en el Evangelio	119
Artículo 13—Mala selección de prototipos para juzgar las visiones limpienses	120
Artículo 14—Testimonio que se debe tener muy presente	120



	Págs.
Artículo 15—Enigma indescifrable	123
Artículo 16—Reto a la Omnipotencia Divina.. .. .	124
Artículo 17—La teoría de la no comprobación del mi- lagro es impía y abre las puertas al camino de nunca terminar.. .. .	126
Artículo 18.—Lo que se debe pedir para que se per- petúe lo de Lampedusa, si es efecto de las causas na- turales	127
Artículo 19—Rectificación necesaria y punto final ..	127

